

EL PALOMAR DE CASEROS

Coronel Alfredo F. de Urquiza

El Palomar de Caseros

Los Soldados de Urquiza



Buenos Aires

1922

Del Dr. F. A. Barroetaveña

Señor Coronel Alfredo F. de Urquiza.

Distinguido amigo :

Con mucho interés y complacencia, me he impuesto de los tres capítulos nutridos sobre operaciones militares del Capitán General Urquiza, que usted consagra a refutar afirmaciones del Coronel Justo y del Capitán Beverina, que atenúan o deslucen la arrogante figuración militar del prócer libertador y organizador constitucional del país.

Francamente, recordar a Sarmiento en primer plano de Caseros, sería como atribuir la gloria de Austerlitz, a cualquier director de banda, médico de sanidad o encargado de arreglar las órdenes del día; y cuesta pensar que se haya atribuído rol prominente, al célebre boletínero del «Ejército Grande».

Es plausible el celo con que usted defiende la figura del vencedor de Caseros, de cualquier crítica o ataque que le dirijan,—ya como argentino, ya como nieto del célebre Presidente de la Confede-

ración, pues así brega por la verdad de la historia y por el lustre de su nombre; pero me parece que después del grandioso homenaje nacional tributado por todo el país al prócer en 1920, y del elevado consenso histórico como militar y como estadista, no debiera usted preocuparse tanto de críticas aisladas, que responderán a errores, enconos o divergencias de criterio, más o menos razonables y caprichosas. La evolución del juicio público favorable a Urquiza es completa y casi unánime, quedando muy pocos aferrados al odio y a la difamación injustificada y calumniosa, que hace medio siglo compartía mucha gente, en la Provincia más bendecida por el libertador!

La réplica contundente de su trabajo, realza en forma inmovible la capacidad táctica, estratégica y de administración militar modelo del General Urquiza,—vencedor en todas sus grandes campañas, que corona con la gloria inmarcesible de Caseros, comandando un ejército internacional, el más numeroso de Sud América, para derribar una bárbara tiranía de veinte años, asentada en victorias contra todos los enemigos internos, en la resistencia armada a las intervenciones europeas, en charcos de sangre y en el terror sobre un pueblo indefenso.

Conociendo mi incompetencia para apreciar debidamente la faz técnico-militar de su vigorosa impugnación,—debo atenerme a los hechos victoriosos y a las informaciones notorias sobre la sólida organización del ejército entrerriano bajo Urquiza, que

fué el principal factor de sus triunfos, de segura estrategia, cargando el general siempre a la cabeza de su irresistible caballería, en el momento preciso, esparciendo el desaliento, la muerte y el desbande del enemigo.

La caballería entrerriana de Urquiza, ha quedado famosa en nuestra historia militar, por su excelente organización, por la sobriedad, valor y resistencia de la tropa, por el cuidado sin par de los caballos, por las distancias enormes y la rapidez de sus marchas y maniobras, por la impetuosidad incontenible de sus ataques a sable y lanza, con su bizarro general al frente,—como las cargas homéricas de Murat y de nuestro Lavalle en Río Bamba, cuya gloria de granaderos a caballo recién aclamamos en su primer centenario. Estas cualidades prodigiosas han sido admiradas por el General Paz como por todos los contemporáneos, — y dieron a Urquiza éxito completo en sus batallas, con triunfos de vanguardia, en los flancos, al centro enemigo o en terribles persecuciones, con velocidad de cosacos, impidiendo toda reorganización de los ejércitos, batidos y en dispersión.

Cuanto expone usted sobre las peculiaridades del ejército entrerriano es rigurosamente exacto, acerca de su disciplina, sobriedad, constancia, concurso de ropas y caballos, valor, moralidad y obediencia, alrededor del gran caudillo, que electrizaba con sus proclamas metálicas y con el primer título de un capitán: el valor heroico; que garantizaba

severamente en la Provincia el orden, la justicia, la propiedad y previsora administración, buenas escuelas y auxilios pecuniarios y de haciendas, a jefes, oficiales y aun soldados, entregados a las faenas rurales, en los intervalos de paz de nuestras largas guerras civiles. Urquiza era así querido, muy respetado hasta el temor, y obedecido por su ejército, con características únicas en América.

Destaca usted plenamente dos perfiles muy simpáticos de Urquiza: su espíritu generoso con el vencido, ya en Montevideo, sobre Caseros, en pos de Cepeda y para con la memoria del enemigo General Paz, ordenando luto al ejército por tres días, funerales y educación de sus hijos por cuenta de la Confederación; hasta con el mismo tirano Rosas, pobrísimo y muy anciano, en el extranjero; así como la orientación fija de su vida política-militar, hacia la moderación y humanidad de sentimientos entre argentinos, para obtener la unidad y la organización constitucional de nuestra república federativa.

Resulta de su libro muy brillante la figuración militar del General Urquiza, al nivel de los mejores capitanes de América; y un estadista de largas y fecundas vistas, ecuánime, moderado, progresista, respetuoso de la organización civil del país y de los poderes constitucionales, Congreso, Provincias, Municipios, Universidades y Tribunales de Justicia. Así lo proclaman su larga actuación, sus manifiestos, sus comunicaciones y los juicios de los princi-

pales contemporáneos, amigos y adversarios, como Mitre, que lo llamaba el «Washington de la América del Sud»; Sarmiento, que lo reconocía la «primera figura de la Confederación Argentina»; Alvear, que como militar lo colocaba arriba de San Martín; y Alberdi, que lo reputaba en las más altas cumbres, como libertador, organizador constitucional del país y estadista propulsor de todos los progresos internos.

Bien venido, pues, su libro de rehabilitación histórica, en defensa del ejército de Entre Ríos y de un gran militar, de un hombre público eminente, cuyas glorias llevarán su nombre hasta la más remota posteridad. Le felicito por ello, aun cuando emane de un nieto del prócer, que se ajusta estrictamente a la verdad documentada. Ante la grandeza del tema, desaparecen el interés y el orgullo legítimo de familia, confundiéndose con una expansión hermosa del patriotismo argentino, que nos honra a todos: La República salvo eclipses pasajeros, marcha al porvenir grandioso que le trazaron las orientaciones de sus grandes hijos de la emancipación y de la organización definitiva, entre los cuales brilla con luz inextinguible, el Capitán General don Justo José de Urquiza.

Al felicitarle por su justiciero libro, le estrecho cordialmente la mano

F. A. BARROETAVERÑA.

CAPITULO I

La batalla de Caseros: únicos actores, Sarmiento y Chilavert. — Urquiza libertador de Montevideo y de la tiranía de Rosas. — Como procedió para llegar a esos resultados, según lo especifica el estudio del estado mayor del ejército. — Sarmiento se pasea en el campo de batalla; los proyectiles de la imprenta muda. — Urquiza como San Martín procedió bien, cargando al frente de sus regimientos. — Negamos la eficacia de las municiones de Sarmiento; carta de Urquiza que confirma nuestra aseveración. — Teorías buenas para seminaristas, no para futuros comandantes. — No se hace resaltar la magnitud de servicios prestados a la patria por sus valientes hijos. — El espíritu militar; se debe fomentar. *Si vis pacem para bellum.* — Idea peregrina del presidente Irigoyen: manda un eclesiástico al Perú en representación de nuestro glorioso ejército. — Se invierten los papeles y se empequeñece a sus generales. — Caseros no podría existir sin Urquiza. — Quién era éste según el ex-ministro paraguayo Juansilvano Godoy. — El general Paz y otros personajes conceptúan a Urquiza como el único militar capaz de ponerse al frente de la cruzada libertadora.

Leyendo el discurso del coronel Justo, a aparecer en folleto, con motivo de la colocación del primer ladrillo que inicia la obra donde se construirá el futuro Colegio

Militar de la Nación, hemos sido sorprendidos ingratamente, porque al recorrer sus columnas vemos, pues, figurar tan solo en esa batalla donde combatieron 47.000 hombres — (aliados: 24.000 soldados de las tres armas, 16 divisiones de caballería y 3 de infantería. Rosas tenía 23.000, de los cuales 13.000 de infantería, 10.000 de caballería y 60 cañones) —, a Sarmiento y a un jefe de las tropas de Rosas, Chilavert, que fué fusilado por faltar repetidas veces a las reglas más estrictas de la disciplina; la traición, que el código militar castiga con la pena de muerte.

Pero brilla *por su completa ausencia* el actor principal, el que desde el año 47 buscaba la manera de echar abajo al tirano y que, a la espera de tan ansiado momento, tenía que actuar de frente, evitando complicaciones de toda clase, *sin excluir el asesinato*, que Rosas se complacía en prepararle. Ese general nos libertó del tirano de 20 años, una vez que hubo levantado el sitio de Montevideo, empresa muy ardua y atrevida, como la describimos más adelante, pues nadie ya en tierra argentina

osaba ponérsele de frente: muertos los unos, los otros proscritos en el extranjero, esperaban la llegada del Mesías. Ese Mesías fué justamente el capitán general Urquiza, el mismo que al iniciarse la jornada de Caseros proclamaba a sus legiones, y, mostrándoles las tropas rosistas en el horizonte, decíales: *Detrás de aquellas líneas están la libertad y la constitución* .

Pero echemos una ojeada retrospectiva y veamos lo que ocurría en el año 1851, en esa época en que el poder de Rosas estaba asentado sobre una base tan sólida, que se consideraba incommovible. Dejo la palabra al autor de la monografía de la campaña del 51-52 (Caseros; Estado Mayor del Ejército: sección histórica), porque resume con verdad indestructible la situación en que se encontraba en aquel entonces Urquiza, frente al dictador. Y conviene saber que ese libro mereció de «La Nación» el siguiente comentario: «Es una obra escrita con el método científico moderno, « indispensable para esta clase de estudios, « que liga todos los acontecimientos al me-

« dio social en que se desarrollaron y a la
« geografía del teatro de operaciones.

« Se nota en esta monografía la disci-
« plina de estudios superiores, con los que
« se saca de hechos, un tanto secundarios
« al parecer, deducciones importantes so-
« bre las características de los ejércitos
« combatientes. Resulta así, *ante todo, un*
« *trabajo de índole militar.* »

Veamos lo que se dice en ella del futuro vencedor de Caseros:

«Urquiza hábilmente logró burlar los recelos de Rosas hasta el último momento, organizando paulatinamente en Entre Ríos un poder personal y autoritario que sin embargo no dejaba, en su conjunto, de ser bien mirado por federales y unitarios, con cuyas ideas e intereses el astuto caudillo supo, cuando fué menester, contemporizar o comulgar.

«Dominador indiscutible de voluntades y tendencias en su provincia, de la que Corrientes, gobernada por una de sus hechuras, Virasoro, podía considerarse un apéndice, sus ambiciones, modestas en los co-

mienzos de su vida política y militar, fueron aumentando con los halagos de la fortuna, hasta convencerlo de la necesidad de acometer la gran tarea histórica de derrocar al gobierno surgido a raíz de la tragedia de Navarro.

«En esta convicción del vencedor de India Muerta, influyeron en diferente medida, pero con tendencias netamente definidas hacia un objetivo único, el instinto de conservación personal que le imponía adelantarse a Rosas, ya prevenido por Oribe con respecto a la eventualidad de un levantamiento entrerriano, y la natural ambición de colocarse, aunque fuese como presidente constitucional, a la cabeza de la nación.

«La organización definitiva del país, anhelada por todos los partidos y constantemente postergada por el Restaurador, fué el lema político y social de la empresa de Urquiza, quien logró así darle a su personalidad de simple caudillo provinciano las épicas proporciones de campeón de una idea altamente nacional, al mismo tiempo que su adversario quedaba reducido al

desairado papel de interesado detentor de un poder ilegítimo.

«En la maduración de sus proyectos supo evitar intempestivas impaciencias, hasta asegurar el mayor número posible de factores de éxito, los que estaban representados, además del numeroso y sólido núcleo de las fuerzas entrerrianas y correntinas, por la incorporación en masa de los unitarios, la preparada defección de Oribe y la alianza oriental y brasileña, cuyas bases fundamentales, aunque no sentadas definitivamente en las cláusulas de un tratado, podían, sin embargo, considerarse como un hecho.

«El 1.º de Mayo del 51 tuvo lugar la publicación del famoso documento con que el Gobernador y Capitán General de la provincia de Entre Ríos se pronunciaba, oficialmente contra Rosas. En ese documento, redactado en forma enérgica y hábil, se afirmaba la urgencia de aceptar de una vez, al jefe de la Confederación, la renuncia por él reiteradamente ofrecida, de los altos poderes delegados en su persona y proceder a la pronta congregación de una

asamblea nacional, a cuyo cargo estuviera la misión de fijar definitivamente los destinos del país.

«La noticia del pronunciamiento de Urquiza fué considerada en Buenos Aires y demás provincias, todas subordinadas, menos Corrientes, a la acción de la Capital, como un *casus belli*, verificándose con este motivo, en favor del Restaurador, grandes manifestaciones populares, en las que, más o menos espontáneamente, tuvieron que participar todos los elementos de la sociedad tanto nacional como extranjera. Poco después, el 29 de Mayo, con la conclusión del tratado de alianza ofensiva y defensiva entre el Imperio del Brasil, el gobierno de Montevideo y los Estados de Entre Ríos y Corrientes, quedaron, de hecho, abiertas las hostilidades.»

En plena batalla podrán ver un hombre, dice el coronel Justo, «cuyo uniforme y ca-
« balgadura contrastan con los del conjun-
« to, que se mantenía sereno y tranquilo,
« *que ni siquiera ha sacado su sable. . .*; es
« el futuro fundador del colegio, que asiste
« al epílogo de la *cruzada libertadora que*

« él iniciara con esa arma que hoy ha de-
« jado por un momento entre las carretas
« del bagaje, la imprenta muda y en reposo
« ahora, pero cuyos proyectiles han hecho
« más mella en la armadura del tirano que
« las bayonetas, las lanzas y metralas. »

Prescindamos, y a cualquiera le llamará la atención, de que un jefe como el citado anduviera paseando, según se describe, por un campo de batalla donde combatían alrededor de 50.000 hombres, con el sable dentro de la vaina y *sin recibir órdenes de alguien*, cuando se jugaba la suerte de la patria exhausta por las crueldades del tirano, en tanto se veía que el primero en dar el ejemplo de la acción viril, era su general en jefe, cargando al frente, lanza en ristre, con las caballerías que deshicieron el ala izquierda de Rosas y precipitaron el desenlace final.

Sobre ese particular, en los considerandos que al referirse a dicha batalla enumera el estado mayor del ejército (sección histórica) en su interesante monografía de la campaña de 1851-1852, ya citada, aprueba la colocación tomada por el co-

mandante en jefe; Urquiza, dado que en esa dirección se iba a desarrollar la acción principal de la jornada, mediante el flanqueo de ese extremo de la línea enemiga, siendo, pues, lógico que el responsable de los acontecimientos siguiera de cerca el desenvolvimiento de una operación de tanta importancia. Como tampoco la crítica puede reprocharle a Urquiza, teniendo en cuenta el ambiente de la época y la idiosincrasia especial del caudillo argentino, el hecho de haberse mezclado, lanza en mano, (era su costumbre habitual), en el sangriento entrevero de los escuadrones que disputábanse la victoria, ya que es sabido que al profesional de entonces, sin excepción de persona ni de grado, *no se le pedía ciencia o barniz de ella, sino el valor personal*, tanto más grande, cuanto más encumbrada era la gerarquía del individuo. (*Por descontado, desde luego, que Sarmiento, con su sable en la vaina, no queda muy bien parado*).

Tan es así, que el mismo San Martín, de quien en buena ley puede decirse que profesionalmente fuè el iniciador tan genial

como afortunado del método científico en las guerras Sudamericanas, no pudo, ni tampoco quiso abstraerse a esa necesidad psicológica, y en San Lorenzo, su primera *acción bélica* en el nuevo mundo, lo vemos exponerse como un simple soldado y hacer alarde en la pelea de una impetuosa temeridad que estaba reñida con la calma estoica y algo fría que constituyó el rasgo prominente de su temperamento.

Pero lo que no podemos admitir los militares, es que los proyectiles de la imprenta muda, en todas estas circunstancias, hayan causado más desperfectos en la armadura de Rosas, que todas las armas habidas y por haber. Y a propósito de esta manera cómoda de ganar batallas, recordamos que, acampado el ejército en Los Espinillos el 2 de Enero de 1852, el general Urquiza ordenaba a su secretario Angel Elías, dirigiera la siguiente misiva:

« Señor Don Domingo Faustino Sarmiento.

« Estimado amigo:

« S. E. el señor General, ha leído la car-

« ta que ayer le ha escrito Vd. y me en-
« carga le diga respecto de los prodigios
« que dice Vd. que hace la imprenta asus-
« tando al enemigo, que hace muchos años
« *que las prensas chillan en Chile y en*
« *otras partes*, y que hasta ahora Don Juan
« Manuel de Rosas no se ha asustado; que,
« antes al contrario, cada día estaba más
« fuerte. »

Que esas teorías se desarrollen y tengan entrada en personas destinadas a cumplir en paz y concordia las diferentes facces de una vida tranquila, como podrían ser los seminaristas, verbigracia, está muy bien; pero que tan luego ellas se propaguen en el núcleo de jóvenes cadetes llamados a conservar inmaculado nuestro pabellón y afianzar nuestras glorias nacionales en paz y en guerra, *cueste lo que cueste*, nos parece completamente fuera de la cuestión; con las prensas que chillan no se mandan soldados, ni con los proyectiles de papel de imprenta se abren las torres acorazadas, o se destruyen trincheras.

A esos jóvenes, destinados con el andar de los años a llegar a ser nuestros gene-

rales del porvenir, no se les debe hacer creer que las batallas, y tan luego la más importante, por sus resultados y por el número de tropas que actuaron en ella, se pueden conseguir sin sacrificios y de una manera tan ajena a la verdad. Hay que referir los acontecimientos históricos respetando el servicio prestado a la patria por aquellos valientes jefes, oficiales y tropas. Hay que recordar agradecidos el nombre de todos ellos, para ejemplo de las generaciones actuales y para desarrollar en nuestros futuros oficiales el *espíritu militar*, que cada vez va desapareciendo más de las filas de nuestro glorioso ejército.

Nacidos y criados en épocas de bonanza, en medio del bienestar y de las comodidades que brinda la vida moderna, las generaciones del día no quieren pensar en los sacrificios de toda clase que tuvieron que sufrir nuestros padres, para legarnos la nación constituída, después de penurias sin nombre. El ejército de hoy no conoce ya la vida de fronteras, sino la muy cómoda del Campo de Mayo, o de las guar-

niciones de las provincias. Los nombramientos de muchos de ellos en la policía o en las numerosas intervenciones, cuyas obligaciones son ajenas por completo a las que regulan la fuerza armada, desinteresales el juramento que prestaron a la bandera: se vuelven comodones y, poco a poco, se van dejando influenciar, jóvenes inexpertos, por la política, que es la perdición de los ejércitos organizados.

Por eso hablo de desarrollar el *espíritu militar*, con el fin de que quien ciña una espada tenga energía para empuñarla, con fe ardiente e incontrastable, en su noble profesión; ilusiones plácidas de gloria, entusiasmo bélico, abnegación y desprendimiento, con la aceptación serena y meditada de todos los lances, de todos los peligros, de todas las amarguras que entraña el solemne compromiso de guardar y engrandecer la patria! Pero su germen debe buscarse en la población del país, que es la que nutre al ejército, la que se desprende de sus hijos para que aquél los discipline y los instruya. A ellos, que son pocos en relación al núcleo que constitu-

ye el conjunto de la nación, les entrega su honor y les confía sus armamentos, para que sepan defenderla hasta la última gota de sangre. Por lo mismo que son un número reducido, el espíritu militar del *pueblo* se debe traducir en profundo cariño hacia el ejército, en consideraciones a sus componentes, para que, alentados, tratados y respetados como se debe, pueda entonces aquella dormir confiada en los soldados que vigilan por su vida, su fortuna, y, lo que es máspreciado que todo aun, su honra nacional.

Pero, qué se puede exigir a nuestro ejército actual, a quien se le escatima lo más necesario para su subsistencia, *que se le da sólo en muy pequeña parte*, que no tiene alojamientos cómodos ni plazas de ejercicios para su instrucción profesional, que no recibe ascensos por sus servicios militares marcados por la ley, sino muchas veces por los prestados a la política personal, y que ni tiene guarniciones establecidas en las fronteras internacionales como es de práctica, para evitar esas sorpresas que traen los desastres irreparables! No

será, ciertamente, por falta de prudentes advertencias que nuestros agentes militares en el exterior hayan dejado de precisar con insistencia en sus minuciosos informes, ni por los ejemplos permanentes que nos dan los ejércitos vecinos en nuestros propios límites. Si Francia, después de la movilización efectuada a tiempo y por lo tanto con sus fronteras guarnecidas para resistir el ataque de la ola invasora teutona, tuvo que ceder poco a poco al empuje enorme y continuo de esos cuerpos de ejército enemigo, ¿qué habría acontecido si careciendo de preparación para resistir el ataque, no hubiera rechazado al adversario así que ponía el pie en el terreno sagrado de la patria hollada? . . .

¡Parecería que actualmente en nuestra tierra no se pensase más que en el cinematógrafo, las carreras, la política personal egoísta, el dulce far niente y en las loterías! Nos hemos olvidado acaso de que los países que quieren engrandecerse en el porvenir y que tienen riquezas que defender, deben escribir con letras de molde en los frontispicios de sus

escuelas y cuarteles, la frase cada vez más cierta: «*Si vis pacem, para bellum*».

Y esa manera de pensar, que por lo visto está de moda, nos trae justamente a la memoria, la idea peregrina de nuestro presidente Irigoyen que mandó a la cabeza de la embajada que fué a celebrar las glorias de nuestro gran San Martín, en el Perú, a un representante de la curia eclesiástica. Tengo convicciones religiosas arraigadas, sé que Monseñor Duprat es un dignísimo sacerdote, pero estoy muy lejos de suponer que en otrora, con sermones y bendiciones, habría podido el país libertarse de la dominación española: no era, pues, el caso de dar esa representación a un embajador salido del clero, cuyas funciones son diametralmente opuestas a la que practica la milicia. Los valientes granaderos que a punta de sable y sacrificios sin nombres dejaron escrita por donde pasaron la historia militar del regimiento en Sud América, no podían, no debían ser representados, tan luego, al inaugurarse la estatua de su invicto general,— que sableaba con sus gloriosos escuadro-

nes aquellas infanterías que habían luchado heroicamente con las águilas victoriosas de Napoleón —, por un sacerdote que practica virtudes cristianas y que tiene por misión dar el ejemplo de la mansedumbre apostólica.

Pero volvamos al tema principal.

Hablar de la batalla de Caseros después de agregar que *Sarmiento inició la cruzada libertadora* y no citar ni siquiera el nombre de Urquiza, nos parece... (Iba a decir la palabra, pero es tan dura que prefiero sea el benévolo lector quien la pronuncie por mí). Es el caso de hacer un poco de historia militar, puesto que el tópico se presta, ya que el coronel Justo se dirigía a un público esencialmente guerrero, al que no le ha presentado el tema en su verdadera faz, pues no se le ha dado al iniciador y vencedor de la gran batalla ingerencia alguna, ni siquiera se ha pronunciado su nombre!

Los grandiosos resultados que produjo su triunfo y la importancia capital de los hechos que sucedieron como su consecuencia, bien lo merecían, no obstante, da-

do que es el elemento militar el llamado en esos graves peligros, a actuar y fallar con todo derecho.

Era todo un general y un político, el que después de mucho guerrear y de paciente espera, preparó sus elementos y los que debían proporcionarle los aliados vecinos; llegó a la meta, cumplió con la palabra empeñada, y una vez libertada la nación de las garras sangrientas que hacía veinte años la oprimían, dióle una constitución liberal para que rigiera sus destinos futuros.

Pero veamos quién era Urquiza, ya que ni siquiera su nombre se ha pronunciado frente al Palomar de Caseros, testigo mudo de su gran victoria. El escritor paraguayo Juansilvano Godoy, ex ministro de la alta corte de su país y ex diputado, con la imparcialidad que le acuerda su condición de extranjero, nos describe al libertador en los siguientes párrafos:

« Hacía cuatro lustros que una niebla de
« sangre espesaba el horizonte argentino,
« obscureciendo los rutilantes rayos del
« Sol de Mayo.

« Un soberbio hijo del desierto pampea-
« no, hermoso como un Dios joven, vigoroso
« como una Heráclida, vencedor en nu-
« merosos torneos hípicas... »

« La Honorable Sala de Representacio-
« nes, compuesta de acaudalados burgue-
« ses propietarios, ricos hacendados e in-
« telectuales de nota, atiborrados de ético
« egoísmo y abdicaciones antipatrióticas,
« antes que exponer a una solución de con-
« tinuidad sus perezosas digestiones, pre-
« firieron renovar y ratificar treinta y
« tres veces en otras distintas ocasiones,
« las potestades de tan soberana autori-
« dad.

« Intereses de partidos en contraposición,
« derechos políticos desconocidos, garan-
« tías ciudadanas vulneradas; institucio-
« nes, principios, leyes, moral, hogar, vio-
« lados, en medio de un ambiente caldea-
« do en que se agitan y estallan rencores y
« pasiones bravías — se autorizan desma-
« nes y vilipendios, se consumen delincuen-
« cias y extravíos atroces por uno y otro
« bando, se salvan todas las barreras de la
« moral y lo conveniente — habían provo-

« cado la guerra civil implacable, despiada, a muerte. La dictadura entonces se alzó iracunda, mortal. Un núcleo de hombres altivos recogió el reto, tomó por baluarte de las libertades rioplatenses la ciudad de Montevideo y repelió la fuerza con la fuerza devolviendo golpe por golpe, injuria por injuria.

« Pero el éxito favoreció en la cruel contienda al Dictador. No sólo dominó y venció al enemigo interior, sino que hizo frente con ventaja a las escuadras coaligadas de las más grandes potencias de la Europa. Generales del renombre y la talla de Juan Lavalle, fueron derrotados, perseguidos y exterminados. Uno de los tenientes del tirano, tomó posesión del famoso cerro y los alrededores de la heroica capital uruguaya, a la que hizo sufrir las penalidades de un sitio de nueve años. Las libertades cívicas fueron ahogadas en sangre; la patria se cubrió de luto. Casi no quedó casa de familia donde no flotara el crespón de duelo por la pérdida de algún miembro querido.

« Donde no alcanzaba el poder de las ar-
« mas, se empleaba el puñal del asesino.

« En tan angustioso trance todas las mi-
« radas, todos los votos y todas las espe-
« ranzas se dirigieron a la única autoridad
« incontrastable, de brazo bastante fuerte,
« capaz de intervenir y poner término a
« aquel luctuoso caos. A él, al Gobernador
« de Entre Ríos, se dirigieron no solamen-
« te los principales consulares represen-
« tativos de la homérica cruzada, sino tam-
« bién los gobiernos Oriental del Uruguay
« e Imperio del Brasil.

« El Capitán General Justo José de Ur-
« quiza, era un militar de vasta experien-
« cia, reconocida competencia, previsión y
« seguridad en la acción. Reunía a sobre-
« salientes aptitudes físicas, privilegiadas
« dotes morales y las condiciones de ca-
« rácter, serenidad y prudencia de un co-
« mando guerrero.

« De continente marcial e imponente, es-
« taba dotado del don de mando y de esa
« clase de ciencia misteriosa para conocer
« y avalorar a los hombres en su justo mé-
« rito. Analítico, calculador e imperativo,

« estaba habituado a luchar y superar di-
« ficultades. En su larga foja de servi-
« cio figuraban memorables y sangrientas
« batallas en las que había tomado parte
« como generalísimo o segundo jefe, y siem-
« pre había salido victorioso; así es que
« desde tiempo atrás tenía conquistada esa
« notoriedad prestigiosa peculiar a los tem-
« peramentos definidos y superiores.

« Se podía decir de él, que había nacido
« para las luchas formidables, pertinaces,
« férreas, en que se disputan la existencia
« de las naciones o la suerte de los impe-
« rios. Y conforme era de temerario y vi-
« dente frente al enemigo, era también ver-
« sado en la política, los asuntos de gabi-
« nete; manejaba con habilidad suma los
« negocios de la cancillería y de Estado.
« La naturaleza le había concedido talen-
« to sagaz y profundo.

« Es tradición que en el campo de bata-
« lla era donde desplegabá el arte de sus
« raros conocimientos. Poseedor de esa in-
« tuición maravillosa de los verdaderos ca-
« pitanes, desconcertaba con sorprenden-
« tes recursos estratégicos y movimientos

« inopinados, las mejores combinaciones
« de sus astutos adversarios. Consciente de
« su superioridad y valer, apreciaba a sus
« contemporáneos profesionales con humi-
« llante y lastimoso desdén; y era el mi-
« litar por excepción de rasgos geniales,
« que pudo medirse y *hasta derrotar al in-*
« *superable José María Paz.*

« Se cuenta que durante el fragor de la
« acción, su impenetrable fisonomía revestía
« solemne severidad; con la mirada fija
« sobre el enemigo, preparaba sus reser-
« vas, disponía y concentraba cargas y re-
« cibía y escuchaba partes. Que en ciertos
« momentos su adusta severidad rayaba en
« lo sombrío, porque era un virtuoso de
« la guerra que seguía anhelante con to-
« do el apasionamiento de su alma ferve-
« rosa y cálida, los menores detalles del
« vértigo supremo. Pero que de improvi-
« so su semblante se iluminaba, y, sin que
« aún nadie se diera cuenta, arrancaba su
« caballo a escape hacia lo más reñido del
« combate, diciendo brevemente: hemos
« vencido. Que, en efecto, sucedía que ape-
« nas galopaba algunos centenares de me-

« tros, seguido de su escolta y su numero-
« so estado mayor, se pronunciaba la dis-
« persión y la fuga del ejército contrario,
« siendo los batallones inmediatamente
« perseguidos, sableados, envueltos y ex-
« terminados a lanzadas o copados prisioneros.

« Estos antecedentes y sus relevantes ca-
« lidades personales eran los que en aque-
« llas apremiantes circunstancias, habían
« colocado al Gobernador de Entre Ríos
« en la culminante y extraordinaria posi-
« ción de ser árbitro de los destinos futu-
« ros de su patria.

« Aceptó él la elevadísima misión que se
« le confiaba. Se colocó resueltamente al
« frente de los tres ejércitos aliados, cu-
« yo comando inmediato y en jefe asumió;
« y en la memorable fecha del 3 de Febre-
« ro del 52, en Monte Caseros, rompió para
« siempre las cadenas del pueblo Argen-
« tino, devolviéndole su gloriosa libertad.
« Se entregó en seguida a la prolfíca ta-
« rea de reorganizar la República. Con-
« vocó una convención en Santa Fe que
« sancionó al año siguiente la actual carta

« política Federal de la Nación, entrando
« él a ejercer en 1854 la primera presiden-
« cia constitucional, por voluntad y elec-
« ción espontánea y libre de las provincias
« confederadas... »

Y entramos de nuevo a nuestro tema. Se trataba nada menos que de la batalla que dió por tierra con la tiranía más espantosa que nadie había podido quebrar. Y no invocaremos sino sobre todo la opinión autorizada del referido Sarmiento, puesto que él sólo, según ciertas personas, tenía volumen para llenar *paseando* el grandioso escenario de Caseros.

Empezaremos por confirmar que fracasados Lavalle y Paz en la guerra contra Rosas, así como Pacheco y Obes, Lamadrid, etc., Urquiza fué el indicado por la opinión pública, sin excluir la del mismo general Paz, para ponerse al frente de la cruzada libertadora.

Hablando Sarmiento en Montevideo con este último sobre el particular, aquél le decía: « Urquiza es un verdadero general, « tiene el ojo militar, no pude darle caza « en Corrientes, donde reuniendo mi línea

« atrincherada en la Tranquera de Lore-
« to comprendió en el acto que estaba de-
« rrotado si atacaba. Aguárdele bastante
« tiempo y viendo que no comenzaba el
« ataque, hice avanzar tropas. ¡Ni noti-
« cias! Se había retirado a la luz del día,
« sin dejarse sentir, y en varios días de
« persecución no pude darle alcance, pi-
« sándole los talones, ni tomarle prisione-
« ro un caballo, tal era el orden y la ra-
« rapidez de sus movimientos. Y agregaba
« que confirmaba sus conceptos sobre las
« cualidades militares de Urquiza, cuando
« aplaudía la asombrosa maniobra de
« echarle a Lagos todo el peso de su caba-
« llería, tres días antes de la batalla de
« Caseros. »

Para atacar a Rosas en su guarida, ha-
bía primero que suprimir su gran aliado
Oribe, que con 8.000 hombres de tropas ve-
teranas en el territorio del Uruguay, po-
día no sólo hacer frente al ejército inva-
sor, sino también flanquearle y pasar des-
pués a Entre Ríos.

Conviene recordar, por otra parte, que
tal era la fe que tenía Urquiza en sus lan-

ceros, con los cuales actuara en tantos encuentros, que había orden expresa de Don Justo para que cargaran siempre sus regimientos, *con la mitad de los efectivos* que presentara el enemigo. Y así se practicó en los campos de Alvarez, donde quedaron doscientos muertos, entre ellos el coronel Marcos Rubio, junto con treseientos prisioneros de las mejores tropas de Rosas.

CAPITULO II

Los campos de Alvarez: crítica del capitán Beverina. — lo que dicen de Urquiza, Alvear y Sarmiento. — Vencedor de Rivera y de Paz; carta sobre el particular. — Paz desprestigiado según M. Ruiz Moreno: aquél protesta sobre que su ejército no estaba preparado; no obstante un año hacía que lo tenía movilizado. — Martíniano Leguizamón confirma opinión anterior. — Paz emigra al Paraguay; de ese modo finaliza coalición correntino-paraguaya contra Rosas. — Aunque no fué a Caseros, sin embargo, el 11 de Septiembre conspiraba contra Urquiza.—Este presidente, decreta honores y pensiones, fallecido aquél.—En sus numerosas campañas Urquiza había adquirido el espíritu práctico de la guerra. — El capitán Beverina anota que a los aliados les faltaba un jefe que estuviera más a la altura de su misión que Urquiza; nuestro estado mayor disiente en absoluto con tal opinión. — Razones militares para ello, confirmadas en las batallas de Sauce, India Muerta y Veneces; Urquiza digno de figurar entre los grandes hombres de guerra sud-americanos. — Carta del general Alvear desde Washington.—Lo que fué la carga triunfal de Caseros, según Sarmiento.—Otras críticas infundadas de Beverina. — Urquiza supo ya entonces emplear su caballería, utilizando los métodos de la guerra moderna. — Cómo levantó el sitio de Montevideo el «loco Urquiza» según lo llamaba Rosas. — Su proclama al asumir el mando de las tropas que invadían la Banda Oriental. — El paso del Paraná por el ejército aliado.

A propósito de este combate, el general Paz admiraba la manera audaz de proceder que acabamos de citar, pues hacía destacar las aptitudes militares del general Urquiza, que ya manejaba esa arma como *caballería independiente* en la forma que se practica en las campañas actuales. Con ese motivo tenemos que anotar que en un libro sobre Caseros, (Estudio histórico-militar de las campañas de 1851-52, del capitán Beverina,) se critica la orden de Urquiza a sus jefes: «A mil enemigos ataque con quinientos, si son dos mil « cargue tan sólo con la mitad. »

El oficial citado concluye diciendo: « Esa « orden, sólo pudo haber sido impartida « por un jefe que no conociera a fondo el « espíritu esencialmente práctico de la « guerra moderna. »

Seguramente al dar este fallo tan rotundo, Beverina no habrá tenido presente, la opinión que cité más arriba de un general reconocido como uno de nuestros mejores tácticos, como tampoco que los sucesos militares que tuvieron lugar en el 51, se pueda pretender englobarlos en la gue-

rra moderna, ni compararlos con lo que ocurre ahora, setenta años después. Su empleo, no obstante, del arma de caballería, lo colocaba en conocimientos a la altura de los jefes de hoy día.

Ni la opinión de Sarmiento, que consideraba a Urquiza superior a Paz como *talento militar*, ni la del mismo general Alvear que escribía a su hijo Emilio: « Urquiza, a quien conceptúo el mejor general de la Confederación, como lo ha demostrado venciendo a los hombres de más nota. Yo le noto cualidades muy superiores a San Martín en la parte militar. »

Urquiza, ignora el capitán Beverina, habíase encontrado en acciones militares desde la edad de 21 años, guerreado mucho tiempo, y vencido a Rivera en India Muerta, después de una campaña de tres años en la República Oriental, y batido a las vanguardias de Paz que hacía un año lo esperaba con un ejército organizado en la provincia de Corrientes. Este general, no sólo no emprendió campaña contra el ejército de reserva dejado por Urquiza en

su provincia al pasar el Uruguay, no obstante contar con los valiosos elementos de toda clase que le proporcionaba la escuadra franco-inglesa, sino que más tarde se dejó sorprender por la audacia y rapidez del general entrerriano, que lo llevó desde su campamento de Villanueva, después de destruirle sus cuarteles y todos los elementos que allí había reunido, para seguir la guerra, hasta los esteros infranqueables del Ybajáy.

Llegado Urquiza de la campaña victoriosa en la Banda Oriental, después de derrotar a Rivera en India Muerta, se encontró con que su provincia, Entre Ríos, estaba amenazada por las fuerzas aliadas de Francia e Inglaterra, y por el ejército de Paz, que era dueño de Corrientes. Sin vacilar un instante, con esa actividad sorprendente que caracterizaba sus marchas, se dirigió contra Paz, que aunque con un ejército mucho más numeroso, no se detuvo a esperarlo un solo momento destrozando en la retirada elementos de todo orden y matando caballos. Urquiza en esa persecución se llevó por delante dos

vanguardias que le salieron al paso para detener su ofensiva (las Osamentas y Laguna Limpia), y aquél no paró en su huída hasta que se creyó en buen recaudo detrás de la cañada de Ybajáy, obstáculo infranqueable, como se verá, para una fuerte masa de caballería.

Campado en Basualdo el 3 de Febrero de 1846, envió el general Urquiza al delegado de la Provincia de Entre Ríos, don Antonio Crespo, la siguiente comunicación que confirma lo que noticiamos más arriba:

« El día 6 del pasado (febrero), escribí
« a Vd. desde Caimán avisándole los triun-
« fos que habíamos obtenido sobre dos van-
« guardias de Paz, y la prisión del titu-
« lado general Juan Madariaga, que trai-
« go prisionero; desde aquella fecha seguí
« la persecución del manco Paz, que des-
« trozando todas sus caballadas y demás
« elementos de movilidad pasó los esteros
« de Santa Lucía y se colocó sobre la fron-
« tera del Paraguay en el Ybajáy, posición
« más fuerte que la tranquera de Lorcto,
« porque de un lado tenía el Paraná y del

« otro los impasables esteros y malezales
« de Santa Lucía y a su frente el Ybajáy,
« que es una cañada de una legua de puros
« carcagiüesales, donde los caballos se van
« cayendo al tranco y la salida sólo puede
« hacerse con frente de una mitad, donde
« era defendida por la infantería y arti-
« llería enemiga y sostenida por todo su
« ejército. Yo, que había pasado el Santa
« Lucía arriba, donde pasó el Manco, lo
« seguí hasta dicha posición, que reconocí
« de cerca y ví que cien soldados eran su-
« ficientes para defenderla; el campo que
« nos quedaba a la espalda era malo y es-
« caso de pasto, por lo que resolví contra-
« marchar, lo que he verificado sin que el
« enemigo nos haya hecho la menor hosti-
« lidad, pues se ha contentado con mandar
« una pequeña fuerza en observación.

« Acercándonos a la estación lluviosa,
« que era forzosa para las operaciones, he
« creído más conveniente pasase el ejérci-
« to en Entre Ríos que en Corrientes; por
« esto me he resuelto volver al país y por
« otros muchos motivos que Vd. conoce-
« rá cuanto importa estar en el centro de

« nuestros recursos y relaciones. Aunque
« hemos inutilizado algunas caballadas, las
« hemos repuesto con las que se han toma-
« do al enemigo y con las que se han do-
« mado.

« Paz huyendo y haciendo emigrar toda
« la población, conducido por el temor, no
« hizo más que concluir con todos sus ca-
« ballos, porque esperando siempre ser al-
« canzado, no cuidaba ni de hacer beber ni
« comer a los animales. Hemos tomado una
« parte de su comisaría, que estaba pasan-
« do para el Paraguay, en el Paraná; trae-
« mos como 70 prisioneros y un número re-
« gular de presentados. Se han destruido
« las maestranzas que tenían en el río Co-
« rrientes; sus cuarteles de Villanueva, sus
« potreros y las huertas con que contaba
« en gran parte para la manutención de
« su ejército, pues se siente bastante esca-
« sez de hacienda. Nosotros hemos tenido
« en toda la campaña 11 heridos y 7 muer-
« tos, cuando el enemigo ha tenido más de
« doscientos muertos y muchos heridos. El
« señor Garzón, con los cuerpos de reser-
« va marcha a situarse en el arroyo Gran-

« de, y yo estableceré mi cuartel general
« en Calá. »

Esa actitud tan pacífica de Paz, pues ninguno de los descalabros que ocurrían a sus vanguardias pudieron sacarlo de su apatía defensiva, trajeron como resultado su completa eliminación del teatro de la guerra, dada la triste actuación que tuvo en esas circunstancias.

El general Urquiza, comenta el doctor Martín Ruiz Moreno, inició el año 46 la campaña contra el general Paz « que puso
« en evidencia la superioridad de sus nota-
« bles cualidades militares sobre este bien
« reputado guerrero... *El pudo elegir
« el campo para presentarle batalla a
« Urquiza; y, sin embargo, no se resolvió
« a jugar en un lance su reputación.* (Re-
« cordamos de paso, que las tropas de Paz
« eran mucho más numerosas que las del
« jefe entrerriano.)

« El resultado inmediato de más tras-
« cendencia de la campaña fué el despres-
« tigio del general Paz, y el mayor crédito
« militar del general Urquiza. »

Nosotros pensamos con Barrantes que la

historia por excelencia, la única que merece ese nombre, *es la escrita por testigos oculares*: es el caso de aseverarlo hoy con todo aplomo. Y los apuntes del diario histórico e inédito, de la campaña a Corrientes en 1846, escrita el 49 por un oficial ayudante del general Garzón, confirma más aun lo que aseguraba Urquiza. Habla también en ellos, de la alianza ofensiva y defensiva convenida entre Paz y el gobierno de Corrientes con el Paraguay (2 de Noviembre de 1845). Urquiza empezó su avance el 1.º de Enero, una vez que se afirmó el desembarque en el rincón de Soto (Departamento de Goya, Corrientes) de 4.500 paraguayos; la segunda columna estaba lista en Neembucú para invadir, y una tercera se preparaba para completar los 10.000 hombres, que era la fuerza que debía mandarse al general Paz, de acuerdo con el tratado firmado. En el campamento de Villanueva, éste tenía más de 11.500 soldados (predominaba la infantería y catorce piezas de artillería): Urquiza no contaba más que con 4.500, en su mayoría de caballería y escasa artillería.

Como curiosidad histórica transcribimos la proclama que al iniciarse la campaña de Corrientes el 1.º de Enero de 1846, pronunció el coronel Manuel Navarro a los soldados de la escolta de Urquiza: « Perte-
« necéis, les dijo, a un ejército fuerte y
« vencedor en todo el estado Oriental; sus
« marchas y sus victorias las guía nuestro
« ilustre gobernador Urquiza y su constan-
« cia infatigable en los combates, os hará
« participar de nuevos triunfos. Vamos a
« marchar; vosotros como siempre le se-
« guiréis de cerca y fieles testigos de su
« denuedo y virtud, seréis admirados, si no
« os apartáis de vuestros deberes. Como
« soldados y como federales, debemos com-
« batir por la patria: el sistema federal y
« Urquiza, premiará este deber y en secun-
« dar las órdenes de este héroe, os dará
« el ejemplo vuestro compatriota y amigo,
« Manuel Navarro. »

Ya hemos visto descripta por Urquiza, la *posición inatacable* donde se colocó Paz para esperarlo: por un lado la flanqueaba el Paraná, por el otro los impasables esteros y malezales de Santa Lucía, al frente

los carcagüesales que forman la cañada de Ybajáy, donde sin salir del paso, van cayendo en sus pozos profundos los caballos que quieran atravesarla.

El día 11 — refiere el ayudante del general Garzón —, reconoció Urquiza la citada cañada toda carcagüesal, con las aguas detenidas que se derraman en el estero y muchos pozos en su superficie; el *paso es estrecho*, tanto a la entrada como a la salida. Esos obstáculos de por sí tan difíciles de salvar con caballería, fueron aun reforzados por el general Paz: se clavaron 10.000 estacones en todo el trayecto, y a orillas del bañado se colocó un vayado de ramas pesadas que no permitían a los escuadrones desplegarse en columna. Finalmente, con su infantería y artillería impedía por completo el paso, agrega, a nuestro ejército en su mayoría montado.

La retirada de Urquiza fué resuelta, vista la imposibilidad material de atacar al ejército enemigo en una posición sin salida.

Campó frente a éste durante dos días para dejar descansar a su tropa y rehacer

sus cabalgaduras. Paz no dió señales de vida: ni por un solo momento trató de hostilizarlo. Esa campaña es uno de los triunfos estratégicos del general enterriano: su rival, ni los jefes que lo rodeaban, creyeron en esa retirada, sino en una estratagema para cambiar de posición, un ardid de guerra que lo hiciera salir de su cueva inexpugnable, para llevarle una sangrienta persecución. Y debe ser así, porque en carta fechada en Argüello, Paz le decía al general Juan Madariaga (18 de Noviembre de 1846: una de la tarde). «Acompaño el parte que acabo de recibir; según él, el enemigo permanecía en las inmediaciones de San Juan de Lomas, de consiguiente su movimiento retrógrado puede envolver otra intención. ¿Será que quiere estacionarse y mandar una división a Misiones en busca de caballos? ¿Será que quiere volver rápidamente sobre estos puntos? ¿Será que quiere esperar el resultado de algunas intrigas? Sea lo que fuere, nosotros no debemos cambiar nuestro movimiento, antes por el contrario, *debemos estar prontos, muy prontos para*

deshacerlos, si el caso lo requiere. Por lo tanto, espero se conserve usted a inmediaciones mientras reciba otros partes que aclaren este asunto. . . »

Urquiza contaba con buenas caballadas, muchas tomadas al enemigo y otras de las formadas con animales que habían domado en la marcha; así lo reconocía el jefe adversario y lo decía en sus memorias: «Es digno de todo elogio el esmero con que el enemigo supo conservar sus caballos, pues no iba mejor montado».

Veinte años después, escribía el «Uruguay» de Concepción del Uruguay: «Nada hay más asombroso en la historia de nuestras guerras civiles que estas célebres campañas.

«En 19 días había hecho el ejército entrerriano más de *«cien leguas*, desde el río Corrientes hasta el Ybajáy.

«En 9 días desandando ese camino, a los dos meses estaba de regreso en el punto de partida después de haber realizado todos los objetos de la campaña.»

En efecto, Urquiza, con su conocida audacia y rapidez en sus movimientos, que

se lo permitían lo bien cuidado que llevaba sus caballadas, había ido a buscar a Paz, que se retiraba en el mismo centro de sus recursos, junto a su aliado, el Paraguay, llevándole la invasión y paralizándole sus movimientos. Con menos efectivos y sin el caudal bélico de aquél, lo obligaba con su ofensiva a contramarchar, después de haber batido en persona sus vanguardias, que le salían al paso en «Las Osamentas» (16 de Enero) y «Laguna Limpia» (4 de Febrero), para detener su avance: en este último encuentro, después de forzar con sus lanceros un estrecho desfiladero y batiendo sobre el tambor 1.200 hombres, la flor de la caballería correntina, tomó prisionero al general Juan Madariaga, a quien trató con toda clase de consideraciones. «No salió, dice el mismo Paz, un escuadrón, ni una compañía reunida; de 1.500 a 1.600 hombres de la mejor caballería que formaban la vanguardia, faltaban 9/10 partes y casi todos los jefes.»

Si el general Paz en lugar de quedarse a la defensiva, cuando le sableaban su vanguardia destinada a contener al in-

vasor, hubiera tomado alguna iniciativa de esas que siempre retemblan el espíritu de la tropa, la campaña habría adquirido otro sesgo. A sólo 8 leguas de Laguna Limpia, con su ejército hecho, cuando podía haber elegido el sitio del encuentro, este jefe debió apelar a tomar la ofensiva, y no contramarchar todavía unos seis días más, sin disponer medida alguna para proteger a su vanguardia en derrota. Pero éste manifiesta que, observando la marcha de Urquiza, tuvo la intención de evitar una batalla, *porque su ejército no estaba listo.* No obstante, *hacia un año* que lo tenía a sus completas órdenes: Al recibirse de sus efectivos, decía: « He encontrado un « ejército numeroso que ansía por el combate, y un pueblo que recuerda con honor los aciagos días de su esclavitud « para jamás volver a ella. Con tales disposiciones, Corrientes se halla en el estado, no sólo de la más segura defensiva, « sino en *el de buscar los esclavos del tirano en sus mismas guaridas*: Corrientes, « a quien su valor ha colocado al frente « de la revolución argentina, conoce el ta-

«maño de su empresa y no ha trepidado
«en lanzarse con la mayor confianza. Ha
«pesado sus medios, ha calculado sus fuer-
«zas y cuenta con la victoria.»

F. de la Barra corrobora la manifestación de Paz, diciendo que un grupo importante de oficiales lo acompañaba desde el Brasil y entre ellos, varios jefes de su predilección, que habían actuado con él en la defensa de Montevideo. Era aquél un núcleo muy numeroso y selecto, que iba a incorporarse a legiones brillantes y aguerridas. Las milicias de Corrientes, experimentadas en guerras constantes, con instintos bélicos, con temperamento militar, con espontaneidad cívica, inspiraban aliento y confianza, más que a nadie a su renombrado general, que había admirado su gallardía en su habilísima batalla de Caa-guazú.

Las divisiones correntinas, con alguna excepción, estaban mandadas de inmediato por jefes de su provincia, de probada bravura y experiencia y de merecido prestigio en sus diversos departamentos.

Paz confiesa en sus memorias: «nuestra

«caballería había sufrido un golpe tremendo; la del enemigo, tanto en su número como en moral, había adquirido una superioridad decidida.» Eran, agregamos nosotros, esos valientes lanceros que durante tres años consecutivos habían guerreado en la Banda Oriental: los vencedores de India Muerta, y anteriormente en otras varias campañas.

«El Manco había fracasado, refiere el erudito historiador Martiniano Leguizamón en su interesante artículo «La Retirada de Ybajáy», con sus planes estratégicos madurados en más de un año de preparaciones, ante el avance inesperado del impetuoso rival que lo obligó a retroceder desconcertado sin presentar combate, puesto que los dos únicos encuentros que Urquiza personalmente dirigió, como para hacerle sentir que lo buscaba, fueron con la vanguardia de la flor de la caballería correntina, mandada por el coronel Cáceres y el general Madariaga. Para aquellos soldados ardorosos en que el culto del coraje es factor primordial, la figura del general, que nada intentaba para vengar

las derrotas, disminuía en prestigios, sobre todo cuando se comparaba con la del jefe Lavalle, cuyo valor comunicativo y temerario los fanatizaba en los combates de otros días.

«Las murmuraciones desapacibles bullían en el campamento y los hombres, desengañados y cansados del sacrificio inútil, empezaron a abandonarlo ganando los montes.

«Con razón la murmuración y la indisciplina cundió en las filas del ejército de Paz: sus jefes, oficiales y tropas, sin reato criticaban amargamente la actitud de su superior, que pretendía aun hacer creer que aquello podía ser el *triunfo de la estrategia*.»

En los cuerpos del ejército correntino, que era la base de la alianza, ya no podía haber subordinados. Algunas divisiones con sus jefes a la cabeza se dirigían a sus departamentos: la defección estaba pronunciada. Corrientes quedaba desquiciada militar y políticamente, cuando el gobernador Joaquín Madariaga asumiendo el 18 de Marzo el poder, antes que Paz disol-

viera las pocas fuerzas que conservaba en Villanueva, invitaba a éste para tratar de llegar a algún arreglo. Paz, procediendo en este caso como lo había hecho anteriormente con Urquiza, se negó a toda conciliación y trató de derrocarlo de acuerdo con un núcleo de diputados que conspiraban en la capital de Corrientes; envió unos 1.500 hombres al mando del general Avalos para apoyar el golpe de la legislatura, pero como el gobernador Madariaga contaba con prestigios reales en la opinión de arraigo de su provincia, contuvo la división en marcha, que acabó por sublevarse en el Río Empedrado, a órdenes del comandante R. Albarenga.

El general Paz, para evitar nuevas complicaciones, abandonó precipitadamente Villanueva y huyó al Paraguay: así concluyó la coalición correntino - paraguaya que debía derribar al tirano Rosas y organizar el país.

Más tarde, aquél, en sus memorias, para reivindicarse, manifiesta que el gobernador traidor (Joaquín Madariaga) no le facilitó caballos para perseguir a Urqui-

za, cuando éste escaso de ese buen elemento para las marchas forzadas que a diario efectuaba, montaba sus tropas con animales que domaban en el camino, o que se los tomaba al enemigo que perseguían. (Era digno de elogio el esmero con que el enemigo supo conservar sus caballos, pues no iba mejor montado, dice Paz).

Pero, agrega, «la causa principal es «preciso buscarla en la anarquía que em-
«pezaba a sentirse mediante los manejos
«del gobernador y sus adherentes, que
«querían mancillar mi reputación, elevan-
«do la del enemigo.»

Años después, Paz emigró al Brasil, donde permaneció hasta el 52: fué uno de los muy pocos jefes de valer que no acompañó a Urquiza en la guerra contra Rosas. El 11 de Septiembre, no obstante, estuvo con las tropas de Buenos Aires, y con su mano entregó al traidor Coe, el precio en dinero que le pagaron por la venta de la escuadra. Esa villanía no impidió que fallecido Paz, el 22 de Octubre del 54 en Buenos Aires, el presidente Urquiza hiciera tirar el siguiente decreto, rindiendo

hombres a su antiguo adversario y poniendo en práctica, como de costumbre, su noble divisa: «entre argentinos no hay vencedores ni vencidos, no hay más que hermanos».

He aquí el decreto:

«Departamento de Guerra y Marina».

«Paraná, Octubre 27 de 1854.

EL PRESIDENTE DE LA CONFEDERACION ARGENTINA.

«El brigadier general don José María Paz ha fallecido el 22 del corriente en la ciudad de Buenos Aires; el ilustre hijo de Córdoba ha descendido al sepulcro; que los errores y los resentimientos que había originado queden cubiertos con la losa que encierra sus restos mortales. De sus virtudes como patriota, desde su más tierna edad, ha dejado ejemplos útiles y provechosos: como soldado y hombre de arte fué un modelo de disciplina y una de las más notables capacidades argentinas. La patria debe recoger su gloria indisputa-

ble, y los recuerdos del hombre y sus extravíos deben servir de estímulo, sólo para apresurarnos a cambiar una situación que ha devorado a tantos hombres ilustres, que han dejado problemática su conducta y menguado su mérito y renombre.

«Por tanto, y para tan noble objeto,

«Ha acordado y decreta:

«Artículo 1.º — Por orden general del día, que se expedirá por el ministerio de Guerra, el ejército vestirá luto por tres días.

«Art. 2.º — En la catedral de Córdoba se harán las exequias por el finado general, por cuenta del tesoro público.

«Art. 3.º — Serán ofrecidas dos becas en el Colegio de Monserrat para la educación de los hijos huérfanos del finado general.

«Art. 4. — Comuníquese, publíquese y dése al Registro nacional.

URQUIZA

RUDECINDO ALVARADO.» (1).

(1) Este general, ministro de la guerra del gobierno de la confederación, había nacido en Salta e incorporádo-

Demostrada la supremacía adquirida por Urquiza en la campaña ofensiva contra Paz, observaremos asimismo que aquél como jefe de caballería, no había ocurrido encuentro en esa larga serie de combates de nuestras guerras civiles, en que no hubiera salido triunfante, cargando siempre en persona al frente de sus lanceros, en el momento propicio que debía decidir la victoria.

Era, pues, justamente en tan variadas y largas campañas, que había aprendido «ese espíritu esencialmente práctico de la guerra», que le critica con énfasis nuestro oficial aludido.

En los citados campos de Alvarez, Urquiza mejor que nadie sabía que tenía la superioridad en el terreno de la acción, (frase que emplea el mismo Beverina), a pesar de que se trataba de un jefe de la talla de Lagos, que formaba en las filas de las tropas de Rosas: lo había tenido a su servicio y combatido asimismo a sus órdenes. Pero tan bien conocía con anticipación la superioridad de su tropa sobre la del adversario, como lo repetía

se al ejército de los Andes como jefe del batallón de Cazadores; en él actuó después en todos los combates gloriosos que se produjeron. Cuando San Martín regresó del Perú, lo dejó en el mando del ejército confiriéndole el título de mariscal de aquel país.

en su proclama al ejército, que la derrota del enemigo fué completa, tal como lo predijera, quedando en el campo 300 muertos y tomándole 205 prisioneros. Pero debo insistir también a mi vez, que el efecto moral que tanto influye en las tropas que van a la pelea y que buscaba Urquiza especialmente producir antes que se incorporara a las filas rosistas el regimiento de desertores asesinos que habían degollado al coronel Aquino y a sus oficiales, fué enorme. Era el primer encuentro, por otra parte, en que las tropas de veteranos invasores hacían conocer el temple de sus aceros y el desprecio que les producía la recua de los esbirros del tirano. « No serán capaces, como los proclamaba su general, ni de elevar los ojos para contemplar el brillo de vuestras lanzas. »

Estudiando lo que atañe a la dirección de las tropas que se movían en ese inmenso escenario, Beverina principia por manifestar *que a los aliados les faltaba un jefe que estuviera más a la altura de su misión.*

No opina tampoco así nuestro estado mayor del ejército, cuando en la monogra-

fía de la campaña de Caseros (1851-1852) que ya hemos citado, anota apreciaciones muy elogiosas referentes a la actuación del general Urquiza. Reconoce que éste sobresale en estrategia por su decidido espíritu ofensivo, por la buena elección de las líneas de operaciones y por la rapidez de los movimientos de sus tropas; que como táctico sabe marcar el punto débil de la línea enemiga, iniciar el avance ofensivo, flanquear una o las dos alas del frente adverso, arrollándolas con fuertes masas de caballería, y finalmente, vencido el contrario, perseguirlo sin dejarlo resollar un instante. Luego agrega: Urquiza antes de Caseros su papel profesional como futuro destructor de la tiranía y comandante en jefe de un ejército en campaña, está representado por las tres acciones, el Sauce, India Muerta y Vences.

En la jornada del Sauce (24 de Enero 1845), llama la atención de la crítica, *el notable esfuerzo logístico* (40 leguas en tres días), realizado por el jefe entrerriano para darle alcance a su adversario Ri-

vera, cuyo propósito estribaba en rehuir el combate.

En la batalla de India Muerta (27 de Enero de 1845), uno de los más sangrientos episodios de la llamada *Guerra Grande*, la oportuna concentración de la masa principal de la caballería contra el ala izquierda de Rivera, decide el éxito del combate, por cuanto esa parte del frente enemigo, que estaba formada por milicias bisoñas, representaba el punto débil del caudillo oriental. Asimismo el resultado final de la acción fué completado mediante el empleo eficaz de las reservas, las que se utilizaron para frustrar una reacción por parte del contrario, y la vigorosa persecución del vencido.

En Vences, (27 de Noviembre del 47), Urquiza sabe contener con mano firme, las impaciencias de sus subalternos, evitando el ataque frontal que éstos intempestivamente le proponían contra la formidable posición ocupada por las fuerzas de Madañaga, *cuyas alas envolvió e hizo caer gracias a la acción combinada de dos masas de caballería*. También en esta circunstancia

la victoria tuvo su decisivo complemento *en la activa y encarnizada persecución de los fugitivos*, quienes no obstante las peculiaridades topográficas de un terreno eminentemente favorable para la prolongación de la resistencia, no lograron rehacerse en ninguna parte.

Su natural perspicacia y el profundo espíritu de observación que le caracterizaba alcanzaban a sustituir ventajosamente en él, la falta de conocimientos profesionales de orden científico, que por lo demás, no constituían, con respecto al ambiente retrógrado de la época, sino una necesidad relativa.

La cualidad predominante del generalísimo de la Coalición y su principal fuerza *era el carácter entero e inquebrantable*, que no desmayaba en las duras pruebas de una situación difícil o complicada, ni aletargábase sobre los laureles del éxito.

Bajo ese punto de vista, el héroe del 3 de Febrero es digno de figurar honrosamente entre los grandes hombres de guerra sudamericanos, al lado de San Martín, Bolívar, Sucre, Las Heras, Paz y Alvear.

Ya anteriormente, en el transcurso de estas líneas, se ha hecho observar que según manifestaciones públicas en aquellos tiempos, de técnicos en el arte de la guerra, el único hombre llamado por múltiples razones para ponerse al frente del movimiento, era Urquiza.

Se conoce, por otra parte, la opinión de testigos oculares y militares conspicuos que determinaban esas aptitudes como general en jefe. Y ahora traigo a colación otra manifestación de Alvear, el vencedor de Ituzaingó, que residía en Washington, donde representaba a nuestro país, cuando estos sucesos tuvieron lugar: El año 52 le escribía: « Tiene usted la inmensa gloria
« de haber puesto a nuestra amada patria
« en el carril de aquellas instituciones (las
« federales) y leyes, y de haber vengado a
« la confederación de la dirección extra-
« viada que se le había dado, haciéndola
« de este modo aceptable a todos nuestros
« conciudadanos.

« Habiendo seguido con el mayor cuida-
« do y esmero todos los pasos y movimien-
« tos de usted en ambas márgenes del Pla-

«ta, no he podido menos que tributar la
«más completa admiración al propósito
«de sus movimientos militares, a su acti-
«vidad, a su audacia enérgica, pero razo-
«nada y prudente, a la hábil combinación
«con que ha sabido dirigir tantos elemex-
«tos extraños al gran objeto que usted se
«proponía, a las medidas tomadas para el
«paso del Paraná, a la hábil sagacidad
«con que emprendió su marcha por la pro-
«vincia de Buenos Aires como a las medi-
«das y disposiciones tomadas, y que ase-
«guraron a usted el buen resultado de am-
«bas empresas y del memorable triunfo
«de Monte Caseros.»

Las importantísimas deducciones que se pueden sacar, leída esa carta, así como las referentes al estudio prolijo de nuestro estado mayor, no concuerdan en ninguna manera con la opinión del capitán Beverina: No debe olvidar ese joven escritor, que «la critique est aisée, mais l'art est difficile».

La carga triunfal de Caseros, como la llama Mitre, la que llevó a cabo Urquiza al frente de sus veteranos en esa batalla,

es, según Sarmiento, *el más considerable hecho de armas de que puede honrarse un general*. Y la lectura de consideraciones muy importantes referentes al mismo asunto que van en seguida, me eximen por ahora de exponer otras ideas referentes a tal tópico.

El oficial aludido concluye el capítulo V de su libro, y a propósito del combate con las tropas del coronel Lagos, escribe: «Asegurarse la superioridad en el campo del combate, era el primer deber de Urquiza como comandante en jefe.» Después de ese encuentro tan criticado por el citado con motivo de las órdenes que Urquiza dió al respecto y que costó, sin embargo, con la derrota, tantas bajas a las fuerzas rosistas de Lagos, con sólo la pérdida de dos muertos y tres heridos para las tropas del coronel Galarza (vanguardia de Urquiza), tengo entendido, y el lector tan bien como yo lo comprenderá, que esa superioridad ya observada fué determinada plenamente en el terreno de la acción. Y agregó yo, como ya lo he hecho notar, que consiguió además la *superioridad*

moral, que nuestro crítico deja en el vacío y que era justamente el efecto que buscaba con más empeño el general entrerriano.

« Sólo así, concluye el precitado, se concibe actualmente la guerra y todo cuanto se diga o se haga en contra es *«lirismo extemporáneo»* (frase final del citado capítulo V de Beverina). Con los mismos argumentos hemos demostrado que Urquiza venció a Lagos, militar y moralmente, una vez que se cumplieron sus órdenes dadas al total de sus escuadrones: su vanguardia no experimentó más pérdidas que la de *cinco hombres* (muertos y heridos) y concluyó persiguiendo a lanza por más de tres leguas al enemigo derrotado, que huía en todas direcciones.

Más tarde, en Caseros, esas mismas tropas atropelladas al iniciarse el ataque y que ya conocían el efecto de las lanzas del ejército de Urquiza, fueron las primeras que se desbandaron, conmoviendo y arrastrando a las demás en la derrota final.

Sacadas estas deducciones, que fluyen al estudiar esos importantes hechos de ar-

mas, llega entonces el caso de preguntar ahora: ¿a quién le corresponde con más derecho eso del *lirismo extemporáneo*?

¿A los oficiales que teorizan los sucesos a su manera, o al general que la historia, los acontecimientos, y los hombres de aquella época llamaron El Libertador? Algo habrá hecho ese Libertador, seguramente, puesto que *esos hechos* contundentes nos libraron de Rosas y su tiranía y nos dieron finalmente la hermosa constitución que rige hoy día los destinos del país.

En Caseros, el general César Díaz (ver Memorias), manifiesta que Urquiza, después de un rápido examen de la línea de batalla de Rosas, maduró su plan de ataque y comenzó a prepararse para la ejecución. Desde luego reconoció que el orden de batalla prescripto al ejército anteriormente no era aplicable a las circunstancias y que debía trastornarse.

Urquiza concibió en el acto que la suerte de la acción dependía de la destrucción del ala izquierda del enemigo y *después de comunicar esta resolución a los jefes superiores*, se pasó él mismo al frente de los

regimientos de caballería que debían llevar la *carga triunfal*.

Según Sarmiento, «la campaña, ejército y batalla de Caseros, *es el más considerable hecho de armas de que pueda honrarse un general*, no tanto por la batalla, que era una consecuencia, *como por el plan de campaña que anticipó 10 años la revolución que debía experimentar la composición de los ejércitos supliendo en la batalla general la caballería, impotente contra el remington y el krupp, y reservándola para obrar en grandes masas, sobre el enemigo, ya para embarazar, ya para desconcertar sus operaciones.*»

Antes que pudieran los regimientos de Buenos Aires, con el cobarde asesinato de Aquino, *entonar el decaído espíritu moral de sus tropas*, el general Urquiza formó una vanguardia de ocho mil (8.000) hombre de caballería, y, a marchas forzadas, *yendo a su cabeza*, cayó el 31 de Enero sobre el general Pacheco, que se mantenía al frente con toda la caballería de Rosas en los campos de Cabral *y lo aplastó con la rapidez de su movimiento*. La ba-

talla campal, para Rosas, era un vasto simulacro. Como descubriera el general Urquiza *«el verdadero uso de la caballería en las campañas modernas, repitió «la misma maniobra en Cepeda, donde había triple vanguardia, sobre la cual cayeron 7.000 hombres en cuatro divisiones.»*

«¿Qué extraño, pues, que no fuese comprendido tampoco entre nuestros generales, aunque aquel genio militar que el general Paz reconocía en Urquiza, le hubiese hecho anticiparse a la Europa, en el cambio de estrategia, avanzando sesenta leguas con toda su buena caballería para tomar y aplastar al enemigo en su propio campamento?»

Para llegar a producir la batalla final que debía dar por tierra con el poder omnímodo de Rosas, fué necesario, como lo decimos antes, que se levantara el sitio de Montevideo, la nueva Troya, cual le llamaban; ahí también demostró el general Urquiza el empuje temerario del jefe de caballería, que iba al frente de los centau-

ros entrerrianos y correntinos: (Dejaremos la palabra a Sarmiento).

« En una hora, *sin derramar una sola*
« *gota de sangre*, se había disipado el poder de Rosas *que hacía diez años tenía*
« *confundidas* a Francia e Inglaterra.
« Oribe había entregado a Urquiza su
« ejército compuesto de 7.500 veteranos,
« su formidable artillería y todos sus
« *trechos de guerra*. Los hechos militares
« que han terminado con la capitulación
« del Cerrito, les son a ustedes conocidos
« *y revelan en el general Urquiza una in-*
« *teligencia poco común y la inspiración*
« que hace que en ciertos momentos se
« abandonen todas las vías conocidas para
« *contrarrestar la fuerza material, diri-*
« *giéndose a donde existe una causa moral*
« *de debilidad. La vuelta de la isla del Elba*
« *solo podría compararse a la invasión del*
« *general Urquiza, si aquí no hubiese ha-*
« *bido un plan de operaciones habilísimo y*
« *aconsejado por una audacia que solo jus-*
« *tifica el éxito y que viene de una fe pro-*
« *funda y de una especie de iluminismo.*

« El general Urquiza, después de haber

« aguardado al ejército brasileño cerca de
« dos meses, no obstante el tratado que fi-
« jaba precisamente al 18 de Julio la aper-
« tura de la campaña, se lanza un día sobre
« Oribe con 6.000 caballos, describiendo en
« torno de él una media luna inmensa y
« que por horas y a la rapidez del galope
« se vino cerrando, arrollando los puestos
« avanzados hasta encontrarse el ejército
« de Oribe reconcentrado al pie del Cerri-
« to, coronado de fortalezas. Cuando Rosas
« caracterizaba *loco al general Urquiza*
« respondía al *sentimiento general, que*
« *creía descabellada la tentativa de destro-*
« *narlo*, y cuando se han visto las fuerzas
« de Oribe, se comprende todo lo que ha-
« bía que temer si tales elementos de resis-
« tencia se hubiesen puesto en actividad.
« Había a su disposición 7.000 veteranos
« de infantería, un tren considerable de
« artillería, posiciones fortificadas y todos
« los elementos de guerra. *El general Ur-*
« *quiza se muestra, el pavor se apodera de*
« *todos*: apenas se cruzan algunos tiros de
« guerrilla y Oribe capitula entregando
« todo sin condiciones. No han vuelto a

« Buenos Aires sino los coroneles Maza y
« Costa, de todo aquel ejército que consti-
« tuía el poder de Rosas, que dormía en la
« seguridad más completa y que habiён-
« dole pedido Oribe 4.000 soldados y 2.000
« onzas, había mandado una *banda de mú-
« sica* para burlarse de Oribe. Las conse-
« cuencias de aquel acto pueden apenas ser
« calculadas. El general Urquiza halló en
« almacenes en el Cerrito 14.000 vestua-
« rios, pertrechos formidables de guerra,
« incorporando a su ejército 7.000 vetera-
« nos dominados por el ascendiente de su
« nombre y de la causa que sostenía.

« Las emociones de aquellos días sobre-
« pasan a toda descripción. La ciudad de
« Montevideo ha estado en trances de muer-
« te mientras se desenlazaba aquel extraño
« drama; la población, en despecho de las
« órdenes, salió en masa, acercándose a
« aquellos ejércitos silenciosos, mientras se
« estipulaba un desenlace que nadie podía
« prever, y cuando se anunció el resultado
« obtenido, todos se palpaban para asegu-
« rarse de que estaban despiertos y que no
« era aquello un sueño o un engaño. »

Para llegar a ese feliz desenlace, fué necesario, repetimos, que *el loco Urquiza* desplegara toda su actividad inquebrantable sostenida por su audacia de jefe de caballería, para llevar a espléndido resultado el plan madurado y estudiado en todas sus fases.

Este, al asumir la dirección del pronunciamiento contra el tirano del Plata, dirigió al pueblo y sus tropas, como general en jefe del ejército entrerriano y general de vanguardia de los ejércitos aliados en operaciones, la proclama adjunta: « Com-
« patriotas: La hora de la organización y
« del triunfo de la república, acaba de so-
« nar en el gran reloj del destino. Los pue-
« blos del Plata, cuyos sacrificios heroicos
« ningún resultado han producido de in-
« terés nacional, merced a la infecunda y
« estrecha política del general don Juan
« Manuel de Rosas, hacen oír su elocuente
« voz para reclamar los derechos preciosos
« con que lo facultaran un día, en la dulce
« esperanza de ver constituida esa Confe-
« deración del Plata, cuyo sostenimiento
« ha costado arroyos de sangre, fortunas

« cuantiosas y mil vidas ilustres inmola-
« das ante difíciles situaciones fomentadas
« por un solo hombre.

« Compañeros de armas: acostumbrados
« a vencer ejércitos disciplinados y valien-
« tes, os anuncio que la campaña contra
« Rosas *será un paseo militar y nada más.*
« Porque la desordenada turba de prosti-
« tuídos, únicos que de corazón le pertene-
« cen, no será capaz, *ni de elevar los ojos*
« *para contemplar el brillo de vuestras lan-*
« *zas.* El sol de Rosas ha llegado a su oca-
« so y la caída del usurpador argentino es
« ya un hecho de realidad incontestable.

« Compatriotas: *a nuestra provincia*
« *querida y a su ilustre hermana la de Co-*
« *rrientes,* va a tocar la gloria de encabe-
« zar el pronunciamiento nacional y a las
« invictas lanzas de sus ejércitos coaliga-
« dos, el alto honor de restablecer en El
« Plata el imperio de la instituciones fe-
« derales republicanas. Os lo jura por su
« honor, vuestro jefe y amigo JUSTO
« JOSÉ DE URQUIZA. »

El 16 de Julio de 1851 estaba todo listo

en Entre Ríos para pasar al Uruguay, como lo demuestran las proclamas dirigidas en esa fecha a las divisiones expedicionarias y al ejército de reserva, que este último, bajo las órdenes del gobernador de Corrientes, general don Benjamín Virasoro, quedaba alerta para repeler cualquier invasión de tropa armada que pretendiera enviar Rosas a aquellas provincias; el 18 del mismo era la fecha fijada por los aliados para pasar a la Banda Oriental, con las diferentes columnas que capitaneaba el general Urquiza y las que mandaba el conde de Caxias en Río Grande do Sul.

El 19, el primer cuerpo del ejército de vanguardia campó en la costa occidental del paso de Sandú, en donde el general Urquiza lanzó la siguiente proclama: « Orientales: torno a pisar vuestro hermoso suelo hollado hace nueve años por un hijo desnaturalizado que ha vendido vuestra heroica nacionalidad a la insaciable ambición del tirano de Buenos Aires. Teníais leyes: Oribe las ha relegado al desprecio. Instituciones, las ha derribado con su mano sacrílega; libertad, la ha

« encadenado al ominoso carro del Nerón
« argentino; orden, lo ha implantado en el
« caos; riqueza, la ha entregado al pillaje
« de los bandidos; sangre, la ha vertido in-
« humano en medio de furores frenéticos;
« independencia, la ha ofrecido en holo-
« causto al usurpador de las repúblicas;
« leyes, instituciones, orden, libertad, in-
« dependencia y gloria: todo ha desapare-
« cido bajo la dominación del monstruo
« Oribe. »

No vamos a seguir al general Urquiza en su rápida invasión al Estado Oriental, coronada con el éxito más sorprendente, dado que la descripción de la campaña la hemos transcrita de las mismas memorias del citado general Sarmiento. Sólo nos resta agregar que, para llegar al triunfo de Caseros, Urquiza tuvo que luchar con grandes dificultades, que un general experto lleno de recursos como él, supo aprovechar a su favor. Para pasar a tierra firme, a la provincia de Santa Fe, había que atravesar uno de los más grandes ríos del mundo y llevar la guerra en su guarida a un ti-

rano ensoberbecido por sus campañas anteriores.

« El sol de ayer (Diciembre 24 de 1851),
« continúa Sarmiento, ha iluminado uno
« de los espectáculos más grandiosos que
« la naturaleza y los hombres pueden ofre-
« cer: el pasaje de un gran río por un gran-
« de ejército.

« En los países poco conocedores de nues-
« tras costumbres, el juicio se resiste a
« concebir como 5.000 hombres conducién-
« do 10.000 caballos, atravesaron a nado en
« un solo día el Paraná, en una extensión
« de más de una milla de ancho, y sobre
« una profundidad que da paso a vapo-
« res y buques de calado.

« Daba impulso a aquel extenso y varia-
« do campo de acción la mirada eléctrica
« del general en jefe que, situado en una
« eminencia dominaba la escena, inspiran-
« do arrojo a los unos y a todos actividad
« y entusiasmo.

« El 24, a las 3 de la mañana, el general
« Urquiza se hallaba en la ribera occiden-
« tal, tomando las disposiciones necesarias
« para marchar sobre el enemigo. La ope-

« ración militar que arredra a los más
« grandes capitanes está, pues, ejecutada,
« y el pasaje del Paraná realizado por un
« grande ejército y medios tan diversos,
« será considerado *por el guerrero, el po-
« lítico, el pintor o el poeta, como uno de
« los sucesos más sorprendentes y extraor-
« dinarios de los tiempos modernos.*

« La vanguardia del Ejército Grande
« está ya en el campo de sus operaciones.
« Entre el tirano medroso y nuestras lan-
« zas, entre el despotismo que desaparece
« y la libertad que se levanta, no media
« más tiempo que el necesario para atrave-
« sar la pampa al correr ligero de *nues-
« tros intrépidos jinetes.* »

CAPITULO III

Los soldados de Urquiza; como éste economizaba sus vidas. — Organización del ejército entrerriano: todos soldados. — El general Garmendia la cita como modelo. — Marcha de su ejército en campaña: busca enemigos que combatir, no poblaciones que destruir. — En Vences, toma campo atrincherado con caballería: sus escuadrones ya habían recorrido 150 leguas forzando la marcha. — Evita destrucción del Salto Oriental. — Lo que hicieron sus regimientos en la campaña larga. — Cómo era el soldado entrerriano. — *Los dispersos*. — Redentor en su país, después de San Martín. — Manera de entender el gobierno constitucional: sus deidades protectoras. — Revista en el Paraná del ejército entrerriano. — Impresión que le produce al sabio Burmeister: Urquiza «naturaleza genuinamente militar». — Fiestas celebradas en la capital de la Confederación parecidas a las similares de los palacios alemanes. — A los ataques violentos de la prensa porteña, contestan los jefes y oficiales revistados por Urquiza. — Cómo protestaban después del pronunciamiento del 1° de Mayo en Entre Ríos los generales, jefes y oficiales de ejército de Rosas. — Los servidores de la patria libertada merecían cierta consideración. — Lo que era Entre Ríos con Urquiza: la taza de oro argentina. — Recuerdos de un nieto de un soldado del libertador. — Nuevas protestas *de Urquiza a Mitre*, a causa de los desbordes de los diarios de Buenos Aires. — Lo que éste manifestaba en esa ciudad,

cuando inauguró el Congreso Constituyente y más tarde al celebrar el pacto de San José de Flores. — Orden del día a las tropas que se retiraban a sus hogares después que la integridad nacional fué un hecho.

Esos *intrépidos jinetes*, de los que habla con entusiasmo el general Sarmiento, eran todos veteranos fogueados en las campañas contra los generales Lavalle, Paz, Rivera y Oribe; eran soldados que, educados en la escuela de la disciplina, del orden y de la moralidad, marchaban sin pestañear donde los guiaba su jefe, siempre a la cabeza de sus regimientos. Después de tanto guerrear, primero para defender la autonomía de la nación, que el partido unitario aliado a potencias extranjeras quería anular, para expulsar a Rosas después, en cada ocasión, Urquiza trató de economizar la sangre de sus fieles veteranos, como lo manifestara en todos los casos. Así siempre ocurrió, en la revolución del 11 de Septiembre, en Cepeda, en San José de Flores, y finalmente en Pavón.

Hallábase en San Nicolás, ya acaecida esa *descabellada revolución*, causa de muchos males ulteriores, me refiero a la del

11 de Septiembre, y como fuese instado a regresar a la Capital, con el objeto de dominar el movimiento, se negó en absoluto, diciendo: « Nada me sería más fácil que volver a Buenos Aires y dominar la revolución, sometiendo por la fuerza a los rebeldes; pero no puedo hacer eso *sin derramar sangre argentina, y yo estoy decidido a hacer cuanto de mí dependa porque no corra una gota más.* Por otra parte, esa juventud que se ha revelado contra la autoridad merece disculpa; se le ha hecho comprender pérfidamente que yo quiero erigirme en un nuevo tirano y ella se subleva ante la idea de otra dictadura. Dejemos que el tiempo y los hechos lleven la persuasión y el convencimiento a esa noble juventud fanatizada y extraviada por los genios turbulentos: *el tiempo y los hechos se encargarán de justificarme, y cuando caiga la venda que le han puesto en los ojos, volverá la calma a esos espíritus alarmados.* »

Después de Cepeda, general victorioso, al romper la marcha hacia Buenos Aires, proclama a este pueblo: « El poder que vio-

«lentando vuestro patriotismo había le-
«vantado el círculo de hombres ambiciosos
«que ha arrebatado el gobierno de la pro-
«vincia, sublevándose contra la nación,
«ha sido pulverizado en este campo en la
«jornada de ayer.

«He ofrecido a aquel gobierno la paz,
«antes que se vertiese una sola gota
«de sangre, para resolver una cuestión de
«fraternidad, que un poco de cordura y
«de patriotismo debía zanzar fácilmente
«por la felicidad común y para afianzar
«la suerte de la patria, sobre la sólida base
«de su integridad.

«Ofrecí la paz antes de combatir y de
«triunfar. La victoria y dos mil prisione-
«ros, tratados como hermanos, es la prue-
«ba que os ofrezco de la sinceridad de mis
«buenos sentimientos y de mis leales pro-
«puestas. . . »

Poco después del convenio de unión fir-
mado en San José de Flores, el 10 de No-
viembre de 1859, entre el presidente Ur-
quiza y el gobierno de Buenos Aires, ac-
tuando el general López de mediador,
dirigió otra comunicación a su pueblo. —

Entresaco algunos párrafos que más interesan:

« Yo quería la reunión de Buenos Aires
« a la familia argentina a que pertenecía,
« y a que debía y le convenía pertenecer;
« quería su libertad, su tranquilidad y su
« dicha; quería que sus hijos dejaran de
« estar divididos, para trabajar como ver-
« daderos hermanos en la felicidad común.

« Ese era mi deseo y era ese también el
« deber que la nación me había impuesto.
« ¿Y podía resistir esto con las armas
« en la mano por el pueblo de Buenos Ai-
« res? Sin justicia y sin error, no!

« Sabéis vosotros que *no se ha vertido*
« *por mi culpa sangre en Cepeda, y con*
« *igual y profundo dolor contemplé los*
« *cadáveres de ambos ejércitos, víctimas*
« *argentinas en la lucha tan inevitable*
« *como atroz...*

« En una lucha de familia, *debe prefe-*
« *rirse toda transacción a una batalla, la*
« *reconciliación tranquila y fraternal fun-*
« *da la paz e inspira nobles sentimientos*
« *para el porvenir, mientras que la sangre*
« *que se vierte en los campos de batalla,*

« *fomenta odios inextinguibles. ¡Basta, por*
« *Dios! de sangre inocente sacrificada al*
« *capricho de bastardas ambiciones. Bas-*
« *ta de guerra entre los hijos de la nación*
« *argentina, que sin ella sería hoy la más*
« *grande y poderosa nación del conti-*
« *nente.* »

Y vino por fin el encuentro de Pavón, que, como de costumbre, trató de evitar por sus funestas consecuencias. Al dirigirse, de regreso del campo de batalla, al gobernador provisorio de Entre Ríos, se queja amargamente de la situación creada.

«Sin dejar la bandera de nuestros mayores — asevera —, ni adjuarar la ley de unión porque tanto ha combatido, ahora el pueblo de Entre Ríos se halla en el caso de declarar, *que no derrama su sangre*, ni compromete sus intereses sino en defensa propia y en guerra nacional.

«En cuanto a mí, me encuentro satisfecho de haber cumplido un deber. Correspondía, en el pensar del vulgo, a mis antecedentes y a mi gloria, *volver a arrostrar la muerte, llevando una vez más al sacrificio a mis viejos soldados*; pues prefiero

la muerte oscura del ciudadano laborioso y pacífico, si a costa de mis antecedentes y de mi gloria, mi pueblo consigue días serenos y si la república *ahorra la sangre de sus hijos*, la riqueza de su suelo y deja de dar compasión al mundo con la perpetuidad de sus desgracias. *Disminuirá el número de los que lisonjean mi prestigio:* cambio ese canto de gloria por la bendición de las familias de mis soldados y de mis conciudadanos todos, para los que pido días sin lágrimas y sin zozobras, después de tantos años que las soportaron: por los halagos de la prosperidad de la industria y del comercio, que con la paz podrán poner a nuestro pueblo en la verdadera condición de pueblo libre...»

El ejército de Entre Ríos, caballería en su casi totalidad, se componía de divisiones que correspondían a los departamentos de la provincia, cada uno con su jefe militar a la cabeza. Licenciados en tiempo de paz, sus soldados, al más ligero rumor de un llamamiento militar, debían concurrir a puntos determinados, donde se encontraban depositadas las armas, con su

uniforme y dos caballos, el montado y el de pelea; para el cuidado de éstos, la estaca y el maneador.

Cuando se disponía la movilización, toda la actividad de las ciudades, pueblos y estancias, quedaba paralizada; los padres de familia abandonaban sus hogares, los jornaleros sus trabajos, los propietarios sus intereses. La patria que los llama debe estar en peligro y cada cual corre a ponerse en su puesto a las órdenes de sus jefes. Nadie queda en las poblaciones, ni aun aquellos individuos que por corta o excesiva edad no están alistados en los cuerpos. Esto es admirable, dice un testigo de aquellos tiempos, es preciso verlo para creerlo, es preciso sentir el impulso instantáneo y puede decirse eléctrico, que da movimiento a los paisanos entrerrianos para comprender la organización, la moral y el denuedo de semejante ejército y de lo que son capaces tales soldados. Una comprobación de lo dicho y tantas veces demostrado, se tiene en el hecho siguiente: habiendo aparecido el 5 de Mayo de 1850 una fuerza paraguaya sobre la frontera de Misiones, la

comandancia de Gualeguaychú recibió la orden de concentración de la división Palavecino, cuyo personal se componía de 1.000 hombres; el 6, todo el departamento estaba en movimiento, y el 8, es decir, tres días después de expedidas las órdenes, la unidad consabida podía ponerse en marcha sin que faltara un solo soldado.

No sin razón, se admira el general Garmendia, al estudiar el movimiento de concentración de las tropas que Urquiza movilizó para ir a la Banda Oriental, y después a Buenos Aires. «Cuando se recuerda aquella rápida movilización y aquella disciplina de fierro — observa — que manejaba a los hombres como tocados por un resorte, no se puede menos que echarle de menos en estos tiempos (se refiere a Urquiza).

«La provincia de Entre Ríos apenas contaba con una población de 40.000 habitantes; el general Urquiza le exigió el sacrificio de la sangre de 10.000 soldados, vestidos, equipados, armados y con dos caballos, y los 10.000 soldados concurrieron, sin faltar uno, al punto de reu-

« nión en el plazo requerido. ¡Cuán difícil sería hoy hacer cumplir una disposición de esa especie!»

Por esa causa se explicaba lo que no ocurría en aquellos tiempos en ningún ejército de Sud América, que emanada la orden de marcha del cuartel general, seis días después el ejército estaba en condiciones de salir en la dirección que se le indicara.

Esos soldados de Entre Ríos, cuya disciplina de hierro y la exigencia de la sangre requerida por Urquiza, eran obedecidas por ellos al pie de la letra, hechos que le llamaban la atención al general Garmendia, fueron los mismos de quienes aquel le hablaba a Rosas de igual a igual, cuando el gobernador Echagüe pretendía desconceptuarlo en su opinión, haciéndolo aparecer como un tigre ante sus semejantes. « Aunque mis hechos, lo digo con noble « orgullo, mi conducta y la de mis soldados, con especialidad cuando he mandado como general en jefe, es el más irrecusable desmentido de tan atroz imputación, por cuanto si he conseguido alguna

« opinión ante mis amigos y ante los mis-
« mos salvajes unitarios, ha sido precisa-
« mente porque, sosteniendo con energía y
« dignidad la santa causa federal y la po-
« lítica de Vd., he respetado siempre los sa-
« grados derechos de la humanidad...
« ¿Quién es, pues, el que puede alzar el
« dedo para mostrar las inocentes vícti-
« mas de mi barbarie? En el dilatado tiem-
« po y territorio que he corrido en campa-
« ña abierta con nuestros encarnizados ene-
« migos, ¿cuál fué el soldado del ejército a
« mi mando, no digo que violó y mató, sino
« que tomó una sola espiga de trigo ajena
« sin recibir un severo castigo en propor-
« ción a su falta, pues que jamás tuve el
« dolor de verlos cometer los crímenes que
« acostumbraron en otro tiempo? Así se
« conserva la moral y disciplina, se alcan-
« za la bendición de los pueblos, se consi-
« gue el triunfo sobre la opinión y sobre
« el enemigo en el campo de batalla. »

Eran los mismos, esos soldados de Ur-
quiza, que en la cruzada contra Rivera,
habla de ellos aquel general: « Yo no
« he permitido el más pequeño desorden,

« todo lo he castigado y aunque he atrave-
« sado en todas direcciones, no han podido
« disponer de un pedazo de carne que no
« les fuese suministrado por el ejército.
« Ellos obedecían, aunque veían desapare-
« cer alrededor suyo inmensos rodeos de
« ganados. Yo he marchado en aquel país
« extranjero y en guerra, como marchara
« en el mío y en paz. Mis soldados no han
« dejado en pos de sí la desolación y el es-
« panto, porque delante de ellos iba el ge-
« neral Urquiza, que ama el orden y no
« quiere hacer sufrir a los pueblos las ca-
« lamidades de la guerra, porque él busca
« enemigos que combatir y no poblaciones
« que destruir. Tengo la satisfacción de
« decir que el ejército entrerriano ha sido
« en la República Oriental un modelo de
« moralidad y de subordinación, y de que
« en ella han sido poco gravosos. . . »

En la batalla de Vences, a la cual se re-
fiere el coronel Pedro Martínez, uno de los
jefes vencidos y prisioneros en ella : « Cuan-
« do la ingrata memoria de nuestras que-
« relas civiles, tenga un intérprete inspi-
« rado *por el amor a la verdad y el espíritu*

« *inflexible de las justicia*, que no se amol-
« de a la influencia de las preocupaciones
« políticas, que nos mantiene en profundo
« divorcio, la batalla de Vences será con-
« siderada como uno de los acontecimien-
« tos más trascendentales de la historia ar-
« gentina ». Pues bien, los valientes del
ejército de Urquiza, después de recorrer
150 leguas a marchas forzadas, atravesando
toda clase de obstáculos muy difíciles
de pasar, se encuentran frente a un campo
fortificado, trabajado con todos los
elementos que aconsejaban la ciencia mili-
tar de aquellos tiempos. Los escuadrones
tuvieron que vadear bañados de una legua
de largo para poder flanquear al enemigo:
uno de ellos, desmontado, cargó sobre el
foso y pudo salvarlo. Es el único caso,
observa el citado coronel Martínez, de que,
en contra de todas las reglas del arte mili-
tar, se atacó un campo atrincherado con
fuerzas de caballería.

Esa batalla, opina el general Urquiza,
« es una jornada que hace honor al ejér-
« cito entrerriano, porque en ella comba-
« tió contra elementos poderosos y aun

« contra la naturaleza, pues penetré a la
« cabeza de la vanguardia por donde ni
« aun lo imaginaban los correntinos, que
« se espantaron y asombraron con el de-
« nuedo de mis soldados. Penetré por los
« inmensos bañados y dificultades que te-
« nían los enemigos a sus espaldas, y puedo
« asegurar que yo mismo quedé asombrado
« de la magnitud del peligro que atrave-
« samos y de los obstáculos que salvamos.
« Este arrojó nos dió la victoria, pues el
« ejército de Madariaga era superior al
« mío en su número y muy particularmen-
« te en infantería y artillería. »

Eran también los mismos veteranos que impedían, vadeando el Uruguay a nado, la destrucción y aniquilamiento del Salto Oriental por los negros de Rivera; «no te
« puedes imaginar — escribía Urquiza a
« su hermano Cipriano — el placer que
« tuve de ver a mis entrerrianos (400 hom-
« bres) atravesar el majestuoso Uruguay
« en 22 minutos, con el sable a la dragona
« y a la espalda la lanza. »

Los mismos soldados que en guerra desde el 39, continuaron la que conclu-

yó con la batalla de Arroyo Grande, el 42, y de nuevo en movimiento después de cruzar el Uruguay para perseguir a Rivera, festejaron el 45 la victoria de India Muerta, en esa campaña larga, como la llamaban. En tales jornadas, aquellos veteranos que vencieron en Caseros, aprendieron a sufrir y soportar todos los horrores y duras fatigas de la implacable guerra.

En la invasión de Italia, Napoleón, para encomiar a sus soldados, les proclamaba: «desprovistos de todo, a todo habeis «suplido y habeis ganado batallas sin ca-
«ñones, pasado ríos sin puentes, hecho
«marchas forzadas sin zapatos, viva-
«queando sin aguardiente y a veces sin
«pan.»

En esa campaña larga, los lanceros de Urquiza jamás durmieron una noche entera, pero sí, atravesaron, en lo más riguroso de los inviernos, los ríos más caudalosos, no sólo sin puentes, sino a nado, con la carabina y la canana sobre la cabeza y el sable en la boca; hicieron marchas forzadas, no sólo sin zapatos, sino

también sin abrigo; no sólo no vivaquearon con aguardiente ni con pan, sino que no lo conocieron jamás de la patria, y largos días no comieron ni el zoquete de carne que era todo su alimento. *No conocieron carpa, ni paga, ni ración de «vicios», ni se les dió vestuario nunca.*

De ellos dice en Noviembre de 1863 un conocido escritor: «Veis ese viejo soldado que ostenta sobre su cuerpo tantas cicatrices honrosas y cuya vida daría motivo a cien romances como las hazañas fabulosas de los paladines de la Edad Media?»

¿No lo veis encorvado bajo el peso de los años que, más destructores y poderosos que la metralla enemiga, han conseguido consumir sus fuerzas y debilitar el brazo que manejaba la fulmínea lanza en las luchas de la libertad argentina?»

¿No lo veis ocultar avergonzado sus galones que la pólvora de cien combates y el resplandor de cien incendios han sahumado cubriéndolos del lustre imperecedero de la gloria?»

Ese es un soldado de esta tierra de soldados: ese es un hombre que tiene el cora-

zón de un león y la abnegación de un mártir; que la Grecia mitológica habría colocado en el rango de los semidioses; que en vez de la orla imperecedera de la gratitud nacional, lleva sobre su frente la corona de espinas que le ha ceñido la miseria con su mano de hierro!

Ese hombre era un niño cuando el redoble del tambor convocaba a los hijos de la República, como muchos siglos atrás lo hiciera la musa libre y denodada de Tirteo, templada por el espíritu espartano que llamaba a morir por la patria en las sangrientas guerras de Mesenia.

Ese niño montó a caballo con el varonil entusiasmo, con la estoica entereza de los que defienden una causa sagrada. Dejó su familia abandonada a la suerte, dejó el patrimonio de sus padres al cuidado de la Providencia, y despidióse para volver algún día!

¡Ese día duró años!

En el invierno, durmiendo con el caballo de la rienda, sin más abrigo que el calor de los fogones, sin más alimento que un pedazo de carne revolcada en las cenizas,

sin más armas que una lanza para abrirse paso al través de las bayonetas enemigas!

En verano, a la intemperie, haciendo marchas forzadas, pasando días enteros sin apagar la sed, vestido siempre con la gorra de manga y la camiseta de bayeta, único regalo que había recibido de la patria!

¿Cuál era su destino? ¡Morir tal vez como un perro en la primer cuchilla! ¡Caer para siempre, después de haber peleado brazo a brazo, uno contra diez, para disputarse el derecho de la vida, sin que una mano amiga recogiese sus huesos, sin que nadie se acordase del mártir ignorado que fecundizaba con la sangre de sus venas la libertad de los pueblos!

Veinte años de incesante batallar, veinte años de prescripción, de injusticias, de represalias; tan pronto combatiendo bajo el sol abrasador de Corrientes, como en las serranías de las fronteras del Brasil, tan pronto pasando a nado el Uruguay como el Paraná; ya cruzando los imponentes ríos que surcan el territorio oriental; ya echando pie a tierra para servir

de infante cuando era necesario; ya disparando los cañones, cuando faltaban artilleros, muriendo siempre, pero venciendo siempre; hecho pedazos el cuerpo, pero conservando entero el corazón y elevado el pensamiento! *Tal ha sido el soldado entrerriano.*

‡ Y qué recompensa ha merecido?

‡ Y qué ha hecho el gobierno por ese mártir de la patria?

‡ Qué ha hecho por ese hombre cuya sola vida es un poema épico que la fantasía de los trovadores al cantarla, no tiene más que narrarla?... .

‡ Sabéis qué ha hecho el gobierno que ha utilizado en su provecho tan colosales beneficios?

‡ Sabéis lo que hoy hace ese gobierno que en nombre de la libertad mira con envidia esas glorias gigantescas y majestuosas que se destacan en medio de una actitud de pigmeos?... .

¡No reconocerles sus grados!

‡ Los grados adquiridos a trueque de los años de su vida, de los miembros de su cuerpo, de la orfandad de sus hijos!

¿Qué gobierno es ese tan ingrato, que condena al silencio y al desprecio a los mismos que lo han levantado sobre sus hombros de titanes?

Es el gobierno nacional, que estampa sobre la frente de los bravos el epíteto ridículo de *dispersos*, que les niega un sueldo miserable y hasta un rincón en el hospital para morir a la sombra...

Los jefes del ejército entrerriano son *dispersos*; vendrán cuando los llamen y recibirán las gracias si hay tiempo de sobra!

El general Urquiza, el primer soldado del ejército de la nación, el vencedor de Caseros y de Cepeda, revista... entre los *dispersos*.

Todos los jefes de Entre Ríos están destinados a la inactividad, y no reciben un solo medio sueldo...

«Después de San Martín,—observa Luis Alberto de Herrera en su muy interesante obra «La Clausura de los Ríos»,—nadie ha sido más redentor en su país, que Urquiza. De envainar su sable glorioso viene, pero ya se transfigura en estadista. Ya los

resplandores de la victoria no enceguécen a quien tantas veces venciera; ahora quiere, y lo conseguirá, librar la reconciliación definitiva de sus hermanos. El unitarismo canta la libertad; Urquiza prefiere fundarla. Mientras los unos se abrazan a tie-sos dogmatismos y emprenden viaje a las estrellas, el soldado de India Muerta y Vences, cargada la pupila de memoria, deja a un lado los odios de la víspera y se apresta a cumplir heroico su destino, sin temor de astillarse los dedos en la áspera tarea de pulir la piedra viva de los instintos. Hasta la vida ha puesto — y la pondrá engrandeciéndose — en la contienda que tiene por marco un cuarto de siglo.»

¡Y cómo comprendía, — agregamos nosotros —, los deberes que le imponían las pesadas tareas del gobierno constitucional! Al bajar de su presidencia, el año 60, decía al futuro presidente Derqui y a los buenos argentinos del país: «Ciudadanos: « Acabo de resignar el alto puesto a que « por unánime aclamación me señalásteis « cuando, derrocada la tiranía en Caseros « y promulgada la hermosa Constitución

« de Mayo, juzgásteis que era necesario a
« la cabeza del primer gobierno constitu-
« cional, el que había llenado la misión de
« libertad y organización, inspirada por el
« pueblo. . .

« La Constitución de Mayo, salvada has-
« ta aquí en las necesidades del país, os
« hace capaces de la felicidad de esta ma-
« dre idolatrada. Y, ¿qué necesitáis para
« ello? Amaros los unos a los otros, los
« hijos bienaventurados de esta tierra que
« Dios ha favorecido con innumerables
« dones.

« Permitid a esa solicitud por vos, que
« no puede acabar sino con mi vida, este
« desahogo, cuando al confundirme con
« las masas, humilde ciudadano, debo ofre-
« ceros aun mi vida y mi fatiga; ese des-
« canso a cuarenta años de fatigas que an-
« sío; mi bienestar económico y mi liber-
« tad, esos bienes en cuyo goce nos protege
« la venturosa ley que hemos firmado.

« Permitidme este desahogo, cuando al
« dejar el poder llegan a mis oídos los ru-
« mores ingratos de algunos trastornos en
« el interior, que nada puede justificar y

« que son todavía rezagos de aquellos obs-
« curos odios de la larga noche de la anar-
« quía, en que nos hemos revolcado bár-
« baramente en la sangre de nuestros her-
« manos y hemos arrastrado con infamia
« los hierros de la tiranía. Al reflejo de
« las armas fratricidas sobre el pasado, no
« retrocedéis ante el recuerdo de las des-
« gracias que tanto tiempo afligieron al
« argentino ?

« ¡Parad, por Dios! en esa senda mal-
« dita de la revuelta armada, mirad que a
« todos los bandos enceguece el espíritu
« de partido, y que la tenacidad que mos-
« tréis, los unos a los otros, la condena la
« ley, la patria la aborrece y la maldice.

« El triunfo de las armas, sin derecho
« empleadas, es tan efímero como perju-
« dicial a los intereses más caros del ciu-
« dadano.

« Apelad a la voz de la autoridad, a la
« ley nacional, y a esa otra ley más alta
« que Dios grabó en el corazón de todos los
« hombres — la ley de amor y de caridad
« — y que está condenando criminales, su-
« miéndolos en la desgracia de sus propios

« errores, a los que debieron abrazarse
« hermanos, para disfrutar tranquilos de
« este opíparo convite que las garantías
« constitucionales ofrecen a todos los mé-
« ritos, a todas las ambiciones legítimas.

« Sabed que si mi vida fuese bastante,
« arrojando mi cuerpo a la hoguera civil
« para apagarla, lo haría sin titubear.

« ¡Dejad las armas!, transad disensiones;
« recompensad mi abnegación oyendo esta
« súplica que os dirijo al retirarme a la
« paz del hogar, que me sería insostenible
« en presencia de una desgracia o de un
« retroceso de mi patria. . . *La fusión po-
« lítica, la unión nacional, la paz interna-
« cional*, son las deidades protectoras a
« que rendiré siempre culto en mi vida pú-
« blica y privada; esa es la política del
« evangelio, esa es toda la política argen-
« tina, si este gran pueblo tiene por el Dios
« de las naciones, señalado el gran destino
« que le prometen las riquezas de su suelo
« y los dotes de sus hijos. . .

« *La espada que la patria me ha ceñido,*
« *no deseo desenvainarla más en guerra*

*« civil, pero pertenece al servicio de la
« Constitución. »*

Esas deidades particulares que siempre tenía en vista el general Urquiza, así como los horrores que le inspiraban la incitación a la guerra civil motivada por los rumores que venían de Buenos Aires, después de las matanzas de Villamayor, lo decidieron a pasar revista en la capital de la Confederación, al ejército entrerriano de las tres armas; al mismo tiempo se festejaba la fiesta patria de Mayo del 58. En esa ocasión formaron 16.245 hombres, con un total de 41.400 caballos, contando las reservas.

Dejo la palabra imparcial a un testigo alemán, el célebre profesor Burmeister, enviado en misión especial por su gobierno, quien publicó un libro titulado «Viaje por los Estados del Plata». De sus capítulos extractamos los párrafos siguientes, referentes a la descripción de la fiesta militar. «La solemnidad de este año, marcadamente grandiosa, dice, era al mismo tiempo una demostración política contra Buenos Aires, a fin de enfriar sus ape-

titos separatistas. El general Urquiza, Presidente de la Confederación, se presentó en el balcón de su casa con espléndido uniforme, rodeado de un séquito militar numeroso y de los empleados superiores y enviados extranjeros...

Hablando del desfile de la caballería, observa: «Es el caballo el orgullo del jinete y soldado de este país, y su valor lo principal a que aspira. Puesto que la conservación del recado le corresponde a él mismo, lo adorna lo mejor que puede y trata de decorar las riendas y silla con chapas de plata, llevando por lo menos las cabezadas y bozal todo de un mismo metal. Se veían muchos jinetes con riendas de plata, pretales y pasadores, sillas o recados con chapas en la cabecera y en la falda, todo de plata, grandes copas en los frenos y, sobre todo, las espuelas muy pesadas y grandes.

«Pasaron hombres, y no muy pocos, cuyos aperos representaban un valor de 700 a 800 pesos, y algunos propietarios y ricos estancieros, que eran al mismo tiempo oficiales, hacían brillar sus fletes espléndi-

damente enjaezados de plata. Curioso contraste formaban estos ricos jinetes junto a otros... Así se tocan los extremos de muchas mancras; se veían ancianos con barbas blancas junto a muchachos imberbes, todos tenían que ser soldados, no importa si viejos o jóvenes, ricos o pobres.

«Se ha dicho, en honor de la verdad, que no dejaba de reconocerse el entusiasmo de la gente y su fidelidad hacia su célebre jefe; muchos gritaban durante la marcha, viva el general Urquiza, y cada vez agradecía militarmente, cuando se le hacía uno de esos saludos.

«Miraba con marcado interés a su tropa, y se inclinaba con frecuencia sobre el balcón para verlas mejor e indicarle a sus vecinos y acompañantes, uno que otro de los hombres que pasaban; en una palabra, tomaba todo interés en esta escena. Se le consideraba en general un comandante tan prolijo como cuidadoso de sus tropas. Con gran cariño y fidelidad lo es adicto el ejército porque sabe, que todo lo que hace para sí, lo hace también por su gente, y divide con ellos en la guerra los

peligros e incomodidades. Produce la impresión de un hombre de experiencia, tranquilo y precavido, que nada emprende que no lo pueda llevar a cabo, pero que aquello que quiere hacer y ha empezado, lo lleva a la práctica con energía y seriedad. Es una naturaleza severa, *genuinamente militar*.

Hablando del baile al que asistió en la noche del 25, manifiesta que la impresión general que le produjo la reunión, fué muy favorable:

«Durante la velada fuí transportado a las condiciones de vida europea, y creí asistir a una fiesta solemne en Berlín. Los numerosos y brillantes uniformes de los jefes, los trajes de etiqueta bordados en oro de los ministros extranjeros, las toilettes muy lujosas y de mucho gusto de las señoras, el simple traje negro de los diputados y civiles, todo producía la impresión como si estuviéramos en el palacio de uno de los príncipes alemanes...»

La gran opinión sobre las fiestas y revista militar de Paraná fué compartida por el numeroso cuerpo diplomático que,

expresamente invitado, había asistido a ellas. La organización de la república, en vez de debilitarse, se afianzaba cada vez más, lo que motivó nuevos ataques y diatribas contra Urquiza y su ejército, en gran escala por parte de la prensa de Buenos Aires. Respondiendo a ellos, los generales, jefes y oficiales que habían actuado en la revista de Paraná, dirigieron a Urquiza una manifestación colectiva que transcribo en seguida:

Paraná, 27 de Mayo de 1858.

«Al señor presidente de la Confederación Argentina, capitán general don Justo José de Urquiza.

Las palabras generosas que V. E. nos acaba de dirigir en la proclama de ayer, han conmovido profundamente nuestros corazones. No nos basta la explosión de entusiasmo con que la ha aplaudido el ejército, ni son bastantes a expresar el sentimiento de amor y respeto que profesan a V. E. sus viejos soldados, las lágrimas

que corren por sus rostros tostados al humo de los combates, al leer mil veces esos conceptos llenos de benevolencia y de patriotismo que traen a nuestra memoria la larga serie de trabajos y de glorias comunes, que cumplieron una época en Caseros; pero que, comprendemos bien, no puede terminar todavía. No nos basta señor, esa prueba de lealtad que V. E. encarece tanto, aunque es para nosotros tan fácil y tan querido deber el de reunirnos en torno de V. E. y a su voz, cualquiera que sea el noble motivo que la impulse. Necesitamos levantar la nuestra, muy en alto, para hacer también ante la Nación y el mundo, una manifestación sincera de los sentimientos que nos agitan en este momento.

Permítasenos, excelentísimo señor, dirigirnos a V. E. como a Presidente de la Nación y como a nuestro jefe querido, con la expresión sentida de nuestra gratitud, de nuestras ideas y de nuestro voto. Esta manifestación, por espontánea y oportuna, no será sin valor en esta ocasión solemne.

Además de lo que es especial entre sus

antiguos soldados y V. E. que puede motivarla, pretendemos, señor, que cuando todos los pueblos argentinos se pronuncian provocados por la autoridad federal, en la gran cuestión de actualidad, que afecta a la nacionalidad argentina, el pueblo entrerriano, que se engríe de ser el iniciador de la hermosa revolución que dió en tierra al tirano y fundó la organización del país, y a quien se reconoce por su más firme garantía, debe aspirar a ser escuchado.

Pretendemos que este ejército numeroso, representado por nosotros, tiene derecho a ser oído, como la mejor expresión del pueblo a que pertenece. Nuestra palabra será falta de forma y de brillo; pero llevará el sello de la verdad y de la justicia, le prestará elocuencia al patriotismo puro de los que saben comprobarla a costa de su vida, le dará autoridad nuestra decisión ardiente, y tomará el brillo de las quince mil lanzas que empuñamos.

Ella tendrá eco en todos nuestros departamentos, y tenemos la confianza de que nuestro pronunciamiento va a ser acogido con el aplauso unísono y entusiasta de la

provincia, agradeciéndonos nuestros compatriotas el deber sagrado que cumplimos para con V. E. y para con la patria.

Lo ha dicho V. E. con razón y con derecho: « si la libertad de un pueblo necesita « nuestro apoyo para triunfar en él, el « imperio de la ley y la integridad de la « Nación, disputamos el primer lugar y le « prometemos tan fácil gloria .. Lo ha dicho V. E. y lo juramos nosotros llevando la mano a nuestras armas.

Quizá, señor, los enterrerrianos que proclamaron con V. E. a su frente el programa del 1.º de Mayo y a quienes la fortuna les ha deparado la ocasión de comprobar que son firmes para cumplirlo y sostener la Constitución, que ha sido su consecuencia, podían relevarse de repetir este juramento, pero lo hacemos como un testimonio de lealtad a V. E. y para contestar con él a las vociferaciones de mezquinos enemigos, que la calumnian.

Un círculo de traficantes políticos, hemos de hablar el lenguaje franco del soldado que nos cumple; un círculo de mercaderes políticos, recogió los hierros de la

tiranía destrozados en Caseros, y mientras los pueblos confederados se organizan en unión y libertad, el pueblo de Buenos Aires, desviado por ellos de la hermosa senda en que V. E. lo había colocado y donde debía encontrar el porvenir glorioso de la famosa Nación Argentina, se dejó uncir de nuevo la cadena de un despotismo absurdo fraguada con los trozos de la antigua, el que para ejercerse más absolutamente pretende despedazar el territorio y la unidad de la patria.

Respetamos las razones que la política del gobierno que preside V. E. ha tenido para permitirlo todo, antes que llevar las armas sobre aquel pueblo de quien debía esperarse un esfuerzo propio, digno de sus antecesores y de la posición que era llamado a ocupar.

Pero séanos permitido decir hoy, que si la independencia de Buenos Aires, fuese proclamada por traidores, consideraríamos manchada la gloria de Caseros, si no corriésemos a repetirlo.

No hacemos pesar sobre un pueblo entero la responsabilidad de los hechos que

obscorecen su historia, y para nosotros no es sólo una cuestión de derecho nacional, es un deber de fraternidad el que seríamos llamados a cumplir.

Figuran entre nosotros algunos hijos de aquella provincia desgraciada, fieles al testamento sagrado de la nacionalidad argentina, que la mayoría de ese pueblo lo profesa.

Es cuestión, pues, de libertad para ese pueblo, es la misma de Mayo de 1851, bajo más pequeña forma. Entonces era un tirano poderoso, que, con un pie en el estado Oriental y otro en Buenos Aires, hacía pesar su mano de fierro hasta el último rincón de la República. Hoy no es más que una turba de conspiradores vencidos en todas partes, maldecidos en la misma tierra que explotan y que desaparecerían a la primera amenaza de nuestras armas; turba de bandoleros que abandonarían su presa al tremolar no más de la bandera de Caseros.

¿Aun es prudente tentar algún medio pacífico para evitar el sensible concurso a las armas? ¿Aun debe esperarse de ese

pueblo un acto generoso, valiente y noble? ¿Es cuestión aun de dejarlo entregado a sus propios destinos, porque la nación necesita absolutamente de su concurso para marchar próspera y gloriosa, y respetada del mundo, hacia su porvenir y destino? ¿Deben apreciarse en poco las ofensas sangrientas que la Nación ha recibido del gobierno revolucionario de Buenos Aires, la manera insolente con que ha contestado a todas las nobles tentativas de unión por parte del gobierno argentino, y particularmente la última, por evitar todavía que corra sangre entre hermanos?

A los legisladores la decisión tranquila y firme del problema de actualidad que tiene en ansiosa expectativa a los pueblos.

Nosotros seremos los primeros en acatarla.

Vamos a esperar a nuestros hogares, donde colgaremos limpias nuestras armas, o para concurrir a la voz legal de la Nación que nos llame al combate, a la de nuestro querido jefe, a la de V. E., o si una nueva traición, como la de Noviembre, nos

impele a defender nuestros lares de la devastación y del pillaje.

V. E. ha hecho justicia a nuestra decisión cuando nos ha dicho con toda la autoridad que tiene su palabra, que preferíamos un campo de batalla, para mostrarle nuestra lealtad, nuestra adhesión. Nos complacemos en alto grado de que V. E. nos lo declare en esta oportunidad.

Sí, señor, lo preferiríamos, y aun osaremos decirlo, lo deseamos.

Comprendemos que es necesario afirmar la paz de la República con su integridad, comprendemos que ese círculo ominoso que despotiza al pueblo de Buenos Aires es una amenaza constante al orden; y cuando después de tantos sacrificios hemos obtenido la actualidad dichosa de que goza el país, vemos que no puede quedar a merced del puñal que ha amenazado la importante vida de V. E.

El pueblo entrerriano se ha estremecido de indignación, cuando fué descubierto el plan inicuo de desacato que el gabinete porteño había fraguado, y el fuego de la venganza ha hecho hervir nuestra sangre.

La traición de Noviembre no se ha borrado todavía de nuestro ánimo; su recuerdo viene a herirlo con nueva fuerza, cuando el mismo gobernante que cometió ese escándalo sin ejemplo, es el que ahora intentó un crimen que vilipendia al pueblo que sufre a su frente a tales malvados.

Los que hemos ido a dar libertad a ese pueblo, y no hemos aceptado compensación alguna, tenemos derecho a exigir cuando menos el respeto de la gratitud; pero, excelentísimo señor, día a día, las más cruentas ofensas se propalan por la prensa contra nosotros por aquel menguado círculo de traidores a la patria, hasta la muy inicua de figurarnos un pueblo humillado, cuando si alguna gloria nos toca es la de ser reconocido por el primer pueblo guerrero de la República. Nosotros acudimos al servicio del país sin remuneración, y costado por nosotros mismos, con una abnegación que no hay inmodestia en llamar sin ejemplo; y que hay razón para que en ninguna parte se admire más que en aquella provincia, que un gobierno de especuladores ha desmoralizado. Un pe-

riodista oficial de Alsina acaba de insultarnos hace poco, hasta decir que nos vemos obligados a mendigar nuestra ropa y nuestras armas, cuando cada uno de nuestros caballos lleva plata bastante para comprar tres veces a ese escritor asalariado. . . Pero somos llevados indiscretamente a pasar los límites de este documento.

Y bien, excelentísimo señor, estamos demasiado habituados a combatir para sufrir tales ofensas, que en nosotros se hace a todo el país.

Las que se dirigen a V. E. día a día, cada vez con nuevo furor, son nuestras también, señor, y sublevan los sentimientos más nobles y ardientes del corazón.

Por esto deseamos el momento de combatir, aunque mucho amamos la paz; pero lo deseamos para asegurarla.

¿Por qué se odia a V. E.? ¿Por qué se le maldice? Porque ha hecho triunfar el imperio de la ley contra los negociantes políticos acostumbrados a vivir de la fortuna pública y del pillaje de la privada; porque a V. E. debemos esta patria que nos ensoberbece, esta seguridad que nos

enriquece, tanta gloria que nos hace felices.

Quieren romper ese lazo que nos une a V. E., porque con V. E. somos su terror; porque como los hemos ido a combatir al Estado Oriental, no los hemos de dejar pisar un palmo de la tierra que fecunda la Constitución de Mayo. Porque para llegar a V. E. tienen que atravesar el bosque espeso de nuestras armas.

Nos insultan, porque esa gente corrompida no conoce el patriotismo argentino; no es capaz de comprender el nuestro, y los nobles móviles de nuestra decisión por V. E., que es nuestro salvador, nuestro protector, nuestro jefe de cien victorias, el amigo de nuestros hermanos, el padre de nuestros hijos, el guardián de nuestros intereses, el autor de esa prosperidad que la provincia ha alcanzado.

Porque entre nosotros hay muchos que deben a V. E. la vida, salvada en los combates, su fortuna, su porvenir, la educación de sus hijos y el honor y la libertad, y la protección de la ley, estos bienes más

caros que todos esos bienes que son, allá donde imperan aquellos traidores, la vil presa de sus torpes ambiciones.

Por eso repetimos mil veces el juramento de acudir como un hombre a la voz de V. E.; y le decimos a la Nación entera, que ahora y siempre nosotros somos la guardia permanente de la Constitución de Mayo, y para reproducir la heroica frase de V. E., que tanto nos honra: *que no hay para nosotros enemigos.*

Al repetirlo con ocasión de Buenos Aires, permítasenos decir a ese pueblo, a la parte que conserva puro el sentimiento de la nacionalidad argentina, que abjura los principios disolventes del círculo del gobierno despótico, que tres días nos sobran para volver a montar a caballo y correr en protección de su libertad y de sus fueros, si a ello somos requeridos.

Y después de rendir nuestras armas al gobierno y a los legisladores de la Nación, devolvemos a V. E. su abrazo entusiasta, repitiendo el lema sagrado:

¡Libertad por la Constitución, unión,

magnanimidad y orden! y el grito de nuestra gratitud:

¡Dios guarde al gran Urquiza!

GENERALES: Manuel A. Urdinarraín, José Miguel Galán, Miguel Jerónimo Galarza, Crispín Velázquez, Apolinario Almada.

CORONELES: Juan Castro, Santiago Artigas, Manuel Martínez, Plácido López, Juan José Paso, Juan José Borrajo, Fructuoso Sosa, Eusebio Palma, Doroteo Salazar, Alfredo M. du Graty, Antonio E. Berón, Manuel Caraballo, Pedro Torres, Isidoro Quesada, Toribio Gelis, Manuel Basavilbaso, Juan Luis González, José M. Francia, Domingo Ereñú, Valentín Gutiérrez, José Toledo, Manuel Febre, Juan M. Serrano.

Siguen las firmas de: Tenientes Coronels, Sargentos Mayores, Capitanes, Tenientes con grado de Capitán, Tenientes, Tenientes segundos, Alféreces, Sargentos distinguidos, Porta estandarte.

Como curiosidad histórica y para que el lector pueda darse una idea de la clase de sentimientos que animaban a los jefes y oficiales del ejército de Rosas, cuando Urquiza decretó el pronunciamiento del 1.º de Mayo en Entre Ríos, transcribimos íntegro el ofrecimiento de su ardiente cooperación, en seguida de otro de los jefes y oficiales entrerrianos. Al compararlos, se podrán hacer muchas deducciones que realzan más aun la figura del libertador Urquiza:

El Coronel Oficial Mayor de la Inspección y comandancia General de Armas y los Generales, Jefes y oficiales del Estado Mayor de la Guarnición.

Buenos Aires, Septiembre 17 de 1851. Año 42 de la Libertad, 36 de la Independencia y 22 de la Confederación Argentina.

Ofrecen a su ilustre General, Gefe Supremo de la República, su más ardiente cooperación: le felicitan por el alto honor con que ilustra su nombre la noble actitud de V. E. delante de la Legación Británica, al ofrecerle su mediación en la guerra a que provoca a la República, el pérfido Gabi-

nete del Brasil, y se unen al sentimiento de sus compatriotas para felicitar a la nación por la decisión heroica de S. E. el Señor Brigadier General Don Juan Manuel de Rosas para presidirla, *y para escarmentar la traición del loco salvaje unitario Urquiza en alianza con el extranjero y con los salvajes inmundos unitarios.*

Al Excmo. Señor Gobernador y Capitán General de la Provincia, Gefe Supremo de la Confederación Argentina, General en Gefe de sus Ejércitos, Brigadier Don Juan Manuel de Rosas.

Excmo. Señor:

El Coronel encargado de la Inspección y Comandancia General de Armas: los Generales, Gefes y Oficiales del Estado Mayor de la Guarnición, tienen la honra de dirigirse a V. E. respetuosamente en la ocasión en que la desertión más infame del «loco traidor salvaje unitario Urquiza» y la agresión del pérfido Gabinete del Brasil obligan a la patria a desplegar su fuerza y su venganza. Los infrascriptos, en su calidad de militares, no necesitan ofrecer-

se para el cumplimiento fiel de los deberes que les imponen sus juramentos, su honor y su carrera. Han estado y están a toda hora, muy prontos a la voz de su Gefe Supremo. Su vida es de la nación, y está consagrada a defender la persona de su más ilustre hijo el Exmo. Señor General Don Juan Manuel de Rosas, su digno Representante, Defensor Valiente de la Confederación Argentina.

Pero ellos mismos desean que V. E. y su país conozcan que su decisión positiva y firme, no se limita a una obediencia muda dimanada de obligaciones inexcusables.

Los infrascriptos conservan y aprecian altamente el carácter de ciudadanos, y en esa clase se unen al sentimiento expreso y terminante de la República, manifestando a V. E. el suyo contra esa inaudita defección sin ejemplo, y contra esa nueva monstruosa coalición de los salvajes asquerosos unitarios con el extranjero.

El «loco traidor, salvaje unitario Urquiza», alzándose con el poder que le confiaron sus conciudadanos para presidir a una provincia, revelándose contra el sufra-

gio uniforme de la República, rompiendo el pacto federal, desertando de la bandera de la nación, arrastrando tras sí a los ilusos y a los corrompidos, desmembrando la República por la sedición, invadiendo un Estado amigo defendido por los argentinos aliados a los valerosos orientales en buena y justa guerra, asociándose súbitamente a enemigos encarnizados de la patria, para asestar sus lanzas contra sus antiguos camaradas, llamando al extranjero para imponernos leyes, y erigiéndose en regulador de nuestros destinos por la sola autoridad de un motín, provoca insolentemente el pundonor de los verdaderos argentinos, cuya gloria sin mancha se propone eclipsar, con la osadía de un traidor.

Contener y castigar esta frenética ambición, contener y escarmentar al procaz gabinete del Brasil, instrumento menguado de una conspiración, y pérfido colaborador de un plan obscuro de anarquía y de disolución, cuando blasona de pacífico y de amigo del Gobierno Argentino, es la tarea gloriosa, Exmo. Señor, para que los

infrascriptos se apresuren a ofrecer su brazo y sus fatigas; y están seguros de que bajo la sabia y enérgica dirección de V. E. la ley será reivindicada, la justicia pública satisfecha, la traición castigada condignamente y el osado extranjero corrido con ignominia como lo fueron siempre los enemigos de la Confederación Argentina.

V. E. ha dado a los infrascriptos un ejemplo sublime de imitar, y ha ofrecido una heroicidad que aplaudir; y los infrascriptos participan de la admiración de sus compatriotas, por la memorable actitud de V. E. delante del Representante de la Gran Bretaña, al ofrecerle a nombre de su Soberana la mediación de su alto influjo en la crisis actual. El espíritu de paz unido al genio de la guerra resalta en ese grandioso monumento de patriotismo y de valor público; pero nuestro deber no es disertar sobre él, sino ofrecer a V. E. nuestro profundo reconocimiento por la honra que refleja sobre la patria y sobre la fama de su General.

También los infrascriptos se apresuran a felicitar a la nación en la persona de

V. E. por haber aceptado su voto uniforme con abnegación valerosa. La noble resolución de V. E. de asumir el mando de la República en estos momentos, es un motivo de inefable contento para el Ejército, como lo ha sido para los pueblos. El sufragio nacional que ha elevado al Señor General Rosas, sobre el escudo popular, a la cumbre del poder político, es un testimonio solemne del instinto feliz de los nacionales para dar a sus enemigos una lección severa, y para consolidar el orden y la libertad.

La patria de los argentinos, con la aclamación del General Rosas a su frente, responde a la traición del hijo desnaturalizado que trabaja despiadadamente por deshonorarla; pero por más que la alianza impura de los traidores con una corte ambiciosa y falaz se empeña en preparar los estragos de una sacrílega victoria sobre la República, el brazo de V. E. se la arrebatará.

Los infrascriptos nada reservan para secundar sin descanso las combinaciones de la sabiduría de su ilustre Jefe, y para

dar a sus conciudadanos un nuevo testimonio sellado con sangre de su decisión a sostener las glorias de la Confederación, la autoridad eminentemente nacional de V. E. y a reivindicar su país de las ofensas del « vil traidor loco salvaje unitario « Urquiza y de sus dignos cómplices el « envilecido gabinete imperial, y la fac- « ción rebelde de los salvajes « inmundos « unitarios. »

Dios gue. a V. E. ms. as.

Exmo. Señor.

Siguen muchas firmas de generales, coroneles, etc., que he preferido suprimir.

La Gaceta Mercantil, N° 8374, del sábado 4 de Octubre de 1851.

Los veteranos de Urquiza, que habían guerreado por la patria en la Banda Oriental, en las fronteras del Brasil, en las provincias de Corrientes, Santa Fe y Buenos Aires, tenían derecho a ser tratados, sino con respeto, por lo menos con consideración, por sus servicios prestados con tanto desinterés. No se puede comparar

al soldado moderno, a quien todo se le da, e instala con toda clase de comodidades y buenos alojamientos, con aquellos militares que no percibían paga alguna, se presentaban al toque de llamada con dos caballos de su propiedad, se equipaban de su bolsillo y prestaban servicios voluntarios desde los 11 años; hasta aquellos viejos septuagenarios que podían todavía montar a caballo, seguían la marcha de las columnas. Es verdad también, que en aquellas épocas felices, no se conocía la miseria: todo paisano entrerriano tenía su pasar, y a nadie le faltaba que comer, porque contaban con su trabajo asegurado en el retazo de campo de propiedad.

«Jefe temido e idolatrado—dice un competente escritor de Entre Ríos—, impuso entre sus subordinados una disciplina inexorable: ¡jamás perdonó una defección! Pero que contadas veces se dió el caso que un entrerriano desertara de sus filas! El general Urquiza conocía sus 15.000 soldados uno por uno, desde el más joven hasta el más viejo, por su fisonomía y por su

nombre: ninguno de ellos se habría expuesto a tan grave falta!

« Vive — continúa ese historiador —, la
« memoria del general en el corazón de to-
« dos los entrerrianos viejos, como en un
« relicario. Fué, a pesar de todo, justo co-
« mo su nombre. Y más que un jefe mili-
« tar, un jefe de familia para su pueblo.
« Bajo su égida la provincia de suyo rica
« por sus fuentes naturales, se hizo prós-
« pera, fuerte y grande. *La República de*
« *Entre Ríos* de Francisco Ramírez, el
« caudillo romancesco del año 20, cuya fi-
« gura gallarda parece esfumarse en la
« leyenda, era el primer estado argentino.
« El único unido y organizado realmente.
« Y en prosperidad no fué superado por
« ninguno en los 30 años del gobierno de
« Justo José de Urquiza. No era metáfora
« el bien aplicado sobrenombre con que se
« le designaba: *la taza de oro argentina*.

« *Hablo evocando el sagrado de la tra-*
« *dición. Y por las referencias de mis abue-*
« *los, soldados de Urquiza en todas sus*
« *campañas. . . »*

« Desgraciados los pueblos que olvidan

— decía el gran ciudadano José Manuel Estrada—, aquellos de cuyo corazón desaparece la memoria de sus bienhechores, como inscripciones sepulcrales que borran los vivos al pasar; aquellos de cuya conciencia desaparece el odio a los grandes malvados, como el fuego de una antorcha apagada en la onda abominable.»

En la manifestación que los generales, jefes y oficiales del ejército dirigieron a Urquiza, hemos visto, se decía entre otras cosas, que un periodista asalariado de Alsina los había insultado de la manera más soez, y que cada día hacía otro tanto con el general Urquiza, blanco de sus calumnias. Éste, cansado de todas esas diatribas, se dirigía al Gobernador Mitre en Abril 7 de 1861 en la siguiente forma: « Nada insistiré ya sobre la prensa de esa « ciudad. Pero insistiré siempre en que « la reprobación del gobierno y de la opi- « nión general de Buenos Aires deberían « tener poder para contener el desborde « de la pasión de unos pocos. »

Y como se continuará en la forma antedicha la campaña de odios, reiterábale en

Abril 20 del mismo año sus quejas repetidas: « En cuanto a la prensa, no crea Vd. « que a mí me hagan impresión sus desbor- « des por lo que toca a mi persona. Mis in- « gratos enemigos han agotado ya todo lo « que puede inspirar el odio *más concentra- « do*. Me he empeñado en contenerla sólo « porque excita la desunión, trabaja la lu- « cha, y nos presenta a lo lejos en el deplo- « rable estado de que salió el país por Case- « ros y por el 11 de Noviembre, *sin que haya « podido hallar en Buenos Aires el hombre « capaz de moderar las pasiones que han « producido esas disensiones de medio si- « glo que han incendiado a la república* ».

Así pagaban al Libertador, al derrocador de la tiranía de 20 años, al argentino que al instalar el congreso constituyente que dió más tarde la Constitución prometida, decía :

« Porque he querido y quiero que no formemos sino una familia para que todos a una levantemos la patria, a la altura, grandeza y prosperidad que está llamada... Porque amo al pueblo de Buenos Aires, me duelo de la ausencia de sus represen-

tantes en este recinto... La geografía, la historia, los pactos vinculan a Buenos Aires con el resto de la nación. Ni ella puede vivir sin sus hermanas, ni sus hermanas sin ella. En la bandera argentina hay espacio para más de 14 estrellas; pero no puede eclipsarse una sola.»

El mismo, que al frente de un ejército victorioso selló, repite el manifiesto de la Comisión Nacional de Homenaje al General Urquiza, con un gran acto de paz y de concordia, digno de las más nobles figuras de la historia, la reconciliación fraternal de todos los pueblos argentinos (el pacto de unión del 11 de Noviembre de 1859, refrendado en San José de Flores).

Cuando se firmó esa paz tan deseada por él, decía al pueblo de Buenos Aires:

«Compatriotas:

Después de la victoria de Cepeda, os dije que venía a ofrecer os una paz duradera bajo la bandera de nuestros mayores y de una ley común, protectora y hermosa. Que no venía a imponeros el dominio de

un hombre ni de un partido. Paz, confraternidad y unión nacional proclamaba mi ejército, y estos eran los fines de la victoria.

Yo había procurado esos nobles fines por la discusión tranquila que evitase todo sacrificio al país, aceptando la interposición de gobiernos amigos. No quería que se derramase sangre argentina por una cuestión fraternal fácil de resolverse por los esfuerzos generosos del patriotismo.

Sabeis vosotros que no se ha vertido por mi culpa la sangre en Cepeda, y con igual y profundo dolor contemplé los cadáveres de ambos ejércitos, víctimas argentinas en una lucha tan inevitable como atroz.

La campaña entera de Buenos Aires aplaudió esa victoria y espontáneos pronunciamientos de adhesión a la causa nacional se celebran sucesivamente en sus poblaciones.

Llegado a inmediaciones de la ciudad con un ejército cada vez más entusiasta y numeroso, y cuando el gobierno de Buenos Aires se preparaba a una última re-

sistencia, no creí que el triunfo de Cepeda ni las probabilidades de una nueva victoria, debían volverme difícil a los esfuerzos por una transacción que el representante de una potencia hermana redoblaba con ahínco, con un interés que ha ilustrado su nombre, mereciendo el reconocimiento de la Nación Argentina y el aplauso y simpatía de todos. Cuando gran mayoría del pueblo de Buenos Aires seguía la bandera nacional, la bandera de paz y fraternidad que traía en mi mano, debía esperar que la población de la ciudad de Buenos Aires, desengañada del extravío de cierto número de hombres, mirase por su suerte y, haciendo justicia de mis sentimientos hacia ella, oyese la voz de la razón, levantase la de su propio derecho, y me ayudase a un arreglo honroso y fácil que la salve de una nueva batalla.

Yo interpreté los sentimientos de todos los patriotas, de todos los hombres sensatos, de todos los partidos, de todos los hijos de la tierra, y de los extranjeros también, porque deseaba evitarme un triunfo que pudiese costar más sangre.

He seguido con más empeño el curso de la negociación pacífica bajo la mediación del inteligente y distinguido diplomático del Paraguay, que las exigencias de la guerra. Pongo a todos por testigos de esta verdad.

Es lleno de gozo, de noble orgullo, de dulce gloria, que proclamo la paz al pueblo de Buenos Aires, seguro del voto nacional y de las simpatías de la humanidad entera.

La integridad nacional está salvada.

La fusión, la libertad, la tranquilidad del importante pueblo de Buenos Aires, cuentan con bases convenientes, que la sensatez y patriotismo de sus hijos puede hacer fecunda.

Jamás he sentido más dulce emoción que en este momento, en que puedo gloriarme de haber ofrecido un ejemplo de moralidad política, poco común en la historia de nuestras guerras, pero que la civilización actual reclama.

¿Qué nos han dado más de cuarenta años de lucha? Arruinar el país y cosechar horrores.

Puede ser que en la transacción honorable que se ha hecho, muchas aspiraciones individuales no estén satisfechas; pero el interés del país lo está, los están los altos principios que han armado la Nación, lo está el derecho, la civilización, la humanidad.

¡Gloria a todos los que han contribuído a fundar la nueva era que se abre hoy para la hermosa provincia de Buenos Aires y para la Nación!

Conozco la virtud y el patriotismo de los hijos de Buenos Aires que me han acompañado en la campaña, para esperar que se hagan, con su conducta ulterior, dignos de la honra que han adquirido, y que sacrifiquen a la paz todo lo que debe sacrificar el ciudadano honrado.

La Nación los reconoce como a sus leales servidores. Están en la plenitud de sus derechos.

No más unitarios ni federales, hermanos todos; la patria dolorida espera su ventura de los esfuerzos de todos sus hijos, para su felicidad y su grandeza.

Cada día que durase esta situación sería

un día de calamidad y el de ataque a la ciudad un día de horrores.

¿Qué hijo de Buenos Aires, qué argentino no aplaudirá una paz que acaba con la incertidumbre de un destino fatal, que protege los intereses de la industria, que seca las lágrimas de la esposa y de la madre, que garante el hogar, que tranquiliza la familia, que ennoblece y glorifica la tierra donde tal hecho grande y humanitario se establece?

Al retroceder mis armas de la populosa ciudad, y al poner mi firma en el tratado de paz, creo borrar todas las calumnias que se han lanzado contra mi nombre, y probar al pueblo de Buenos Aires que amo y celo sus intereses y sus derechos de pueblo argentino.

La conciencia propia de superioridad de la fuerza, fácil a todos estimar, es lo que hace para mí más consolador y satisfactorio este momento.

No creo sacrificar un laurel, como no me engríe el regocijo en Cepeda, sino porque, como lección, ha servido para recono-

cernos y abrazarnos los hijos de una misma madre, la famosa República de Mayo.

Pero si el laurel lo cedo a la madre, a la esposa, a la hija de los que iban a exponer su vida en esta batalla, lo dedico a esa juventud brillante de Buenos Aires, de cuyo entusiasmo se ha abusado y que el honor militar debía comprometer en la lucha; al extranjero pacífico y laborioso, cuyos intereses iban a ser perjudicados; al vecindario de Buenos Aires, liberado de ser actor y víctima de un sangriento combate.

La fortuna privada, el honor del hogar, la familia, se han salvado, al mismo tiempo que se han echado las bases de una paz permanente y de la unión y felicidad de la Nación.

Ha triunfado la Nación, y ha triunfado la campaña y la ciudad de Buenos Aires. Esta paz es para mí el mayor de los triunfos, porque es el triunfo de todos los argentinos.

De ningún campo militar me he retirado con el corazón más satisfecho. Después de largos sacrificios y de crudas fatigas,

mi ambición la labro en ser testigo de la grandeza, de la unión y de la felicidad de la patria, retirándome al hogar, sin odio alguno personal. No quiero otro premio que la estimación de mis conciudadanos.

El pueblo de Buenos Aires me responde de la conquista que acaba de hacer para asegurar su porvenir.

La época que acaba de pasar, de cruda zozobra, sea una lección fecunda para evitar las disensiones civiles y para no dejarse arrebatar el poder por los especuladores de la política.

Argentinos de Buenos Aires: Amaos unos a otros, uníos y estrechaos con sinceridad en el abrazo fraternal que funda la nueva era para la libertad y las instituciones. La Nación, llena de regocijo, os estrecha con amor en su seno. Jurad su ley hermosa, como el mejor resultado de la paz que acabamos de establecer, como lo que puede hacerla verdaderamente fecunda en bienes.

Respetad la autoridad emanada de esta situación, y en el ejercicio de los derechos del pueblo, proceded con cordura. De voso-

tros depende ahora la felicidad y el honor de vuestra patria. Sed ciudadanos y dejad las armas para cuando la honra, la libertad y la independencia del país lo exijan.

Pronto dejaré este suelo, de donde llevo el consuelo de que por mi culpa no se ha vertido en él ni una lágrima. No quiero palmas de vencedor: me bastan simpatías al amigo y al hermano.

Antes de concluir, debo recomendar nuevamente a la más elevada estimación los esfuerzos por la paz del ilustre mediador del Paraguay. A él se debe en gran parte tan fausto resultado. Ninguna demostración de gratitud será demasiada para honrar su amistad.

La República Argentina le debe una muestra de aprecio; la ciudad de Buenos Aires le debe una palma.

Ante la Nación recomendaré la noble conducta observada por los ministros de Francia e Inglaterra, muy particularmente, y por los cónsules de las demás naciones, así como por toda la población extranjera que, prescindente en la lucha, ha de-

mostrado sus simpatías o sus esfuerzos por la paz.

Conciudadanos de Buenos Aires: Los que habéis aumentado mi ejército, los que os habéis adherido a la causa nacional, que ha triunfado debido a vosotros también, y aún los que me han combatido, os saludo a todos como hermanos. Sedlo vosotros de buena fe, y se habrá levantado para siempre a la faz de la tierra la Grande y Gloriosa Nación.

Cuartel General en San José de Flores,
a 11 de Noviembre de 1859.

JUSTO JOSÉ DE URQUIZA.

Al devolver a sus hogares las tropas movilizadas con motivo de aquellos sucesos que trajeron como resultado el famoso pacto, dirigióles desde el cuartel general de San José de Flores la siguiente orden del día:

«Guardias nacionales: Vais a volver a vuestros hogares a anunciar a vuestros hermanos que la provincia de Buenos Aires, opulenta y patriota, cuya ausencia

deploraba la patria, ha vuelto a entrar en el gremio de la gran familia, que la integridad nacional se ha obtenido sin verter más sangre que la que fué indispensable derramar para vuestra defensa y *que la organización de la república una e indivisible* es la victoria espléndida del sentimiento de Buenos Aires, bajo la protección del ejército confederado.»

Blaas "Central"

\$ 50-644-110.649/962

On pat 16383.